ANTONIO MACHADO

CARTAS
a
MIGUEL DE UNAMUNO

SEIS POEMAS INEDITOS
PAPELES POSTUMOS
IDEARIO
ESBOZO BIOGRAFICO

EDICIONES MONEGROS

DIBUJO POR JOSE MACHADO (1935).

MISTERIOSO y silencioso
Iba una y otra vez.
Su mirada era tan profunda
Que apenas se podía ver.
Cuando hablaba tenía un dejo
De timidez y de altivez.
Y la luz de sus pensamientos
Casi siempre se veía arder.
Era luminoso y profundo
Como era hombre de buena fe.
Fuera pastor de mil leones
Y de corderos a la vez
Conduciría tempestades
O traería un panal de miel.
Las maravillas de la vida
Y del amor y del placer,
Cantaba en versos profundos
Cuyo secreto era de él.
Montado en un raro Pegaso,
Un día al imposible fué
Ruego por Antonio a mis dioses,
Ellos le salven siempre. Amén.

Rubén Darío

CARTAS
de
ANTONIO MACHADO
a
MIGUEL de UNAMUNO

Introducción, selección y esbozo biográfico,

por

JOSE RAMON ARANA

MEXICO, 1957

INTRODUCCION

LA noble actitud de Antonio Machado ante la tragedia española, hizo que su nombre ondeara a menudo en escritos y peroratas durante los primeros años del destierro. De paso, claro está, se aludía elogiosamente a su obra poética procurando, siempre, hacer hincapié en los limpios versos que aportó a la lucha y en prosas dictadas por la indignación o por el deber que imponía la circunstancia. Casi todo lo que en aquel tiempo se dijo de él y sobre él fue al modo estratégico y turbio del anexionismo político; a ese modo que, bajo palabrería enmascaradora del propósito, clava y rotula, utilizando, en vez del alfiler del entomólogo, toda una serie de adjetivos inmovilizadores.

Como acontece siempre con los verdaderos grandes de España, Antonio Machado fue expropiado por un bando, catalogado sin escrúpulo y comprimido con vendajes retóricos para reducir su talla al límite de una tendencia y de un momento enfebrecido. Como siempre, también, fue empeño vano. Don Antonio es una de esas fibras o tendones que resisten al tajo desmenuzador de quienes pretenden partir definitivamente a España en dos mitades.

Su actitud en aquellas horas amargas no tuerce la línea serena, humanísima de su pensamiento. Se sitúa sin esfuerzo ni dudas, atento nada más a su conciencia. Si forma con la víctima tradicional, si está contra el bando

en que se solapan las escorias de todo ayer, su manera de entender el drama español y el acto que presencia rebasa mucho en altura y profundidad a las de los banderizos que chocan en contrapuestos oleajes.

Don Antonio cala más hondo. Mira a lo causal, es decir, a lo que era antes, es y seguirá siendo después de la matanza; a ese amasijo de virtudes, insuficiencias, inquinas y detritus que bulle en el trasfondo del vivir español y que al estallar periódicamente va formando nuestra sangrienta orografía histórica. Conoce a la España tangible tal como es desnuda de ringorrangos pretéritos; mísera y hosca, enconada, frenética, con llagas y callosidades que medio le cubren el alma... ¡pero con alma! De ahí que no la piense en futuro a la manera arrebatada —milagrera, podría decirse— de nuestros jacobinos, cándidos o disparatados siempre, ni a la de los ciegos importadores de panaceas políticas. La piensa a la antigua española, con el discurrir recto y profundo de quienes supieron antes que nadie atemperar el deber ciudadano y la libertad necesaria a la dignidad de los hombres.

Por ello se silencia aquí y allá, en el destierro y en España, la línea esencial, constante, de su pensamiento, o se habla de ella poco, fragmentariamente y de pasada, como si al desdoblarse el poeta en los decires de Abel Martín y de Mairena hiciéralo por puro juego, por ameno y ocurrente juego.

Cierto que su aversión a condimentar las ideas con neblinas y floripondios, lo escueto de su decir y su esencialidad humana, las deja sin el gran resonador que para el tonto ilustrado es lo solemne. Y así es tenida su obra de sentidor que piensa lo sentido, como marginal y de valor secundario en el pensamiento español de nuestra época. Sin embargo, Mairena y Abel Martín dicen la intensa historia íntima —intelectual y emotiva— del poeta, y constituyen capítulo importante de la especie de catecismo español que necesita nuestro pueblo para reencontrarse y anudar su ser a sus raíces vivas.

Estas pocas cartas de Antonio Machado a don Miguel

de Unamuno dicen —una sobre todo—, su manera de pensar y de sentir a España. Para dar más clara idea de ésta y de otras vertientes de su pensamiento he añadido una selección de lo publicado en Abel Martín *y en* Juan de Mairena, *es decir, todo aquello que, a juicio mío, constituye el ideario del poeta.*

FRAGMENTOS DE UNA CARTA DE ANTONIO MACHADO A MIGUEL DE UNAMUNO, PUBLICADOS POR ESTE EN 1904.

"No quiero que se me acuse de falta de sinceridad porque eso sería calumniante. Soy algo escéptico y me contradigo con frecuencia. ¿Por qué hemos de callarnos nuestras dudas y nuestras vacilaciones? ¿Por qué hemos de aparentar más fe en nuestro pensamiento, o en el ajeno, de la que en realidad tenemos? ¿Por qué la hemos de dar de hombres convencidos antes de estarlo? Yo veo la poesía como un yunque de constante actividad espiritual, no como un taller de fórmulas dogmáticas revestidas de imágenes más o menos brillantes."

"Pero hoy, después de haber meditado mucho, he llegado a una afirmación: todos nuestros esfuerzos deben tender hacia la luz, hacia la conciencia. He aquí el pensamiento que debía unirnos a todos. Usted, con golpes de maza, ha roto, no cabe duda, la espesa costra de nuestra vanidad, de nuestra somnolencia. Yo, al menos, sería un ingrato si no reconociera que a usted debo el haber saltado la tapia de mi corral o de mi huerto. Y digo: Es verdad, hay que soñar despierto. No debemos crearnos un mundo aparte en que gozar fantástica y egoístamente de la contemplación de nosotros mismos; no debemos huir de la vida para forjarnos

una vida mejor, que sea estéril para los demás."

"Nada más disparatado que pensar, como algunos poetas franceses han pensado tal vez que el misterio sea un elemento estético. Mallarmé lo afirma al censurar a los parnasianos por la claridad en las formas. La belleza no está en el misterio, sino en el deseo de penetrarlo. Pero este camino es muy peligroso y puede llevarnos a hacer el caos en nosotros mismos si no caemos en la vanidad de crear sistemáticamente brumas que, en realidad, no existen, no deben existir."

"Nos miramos por dentro, y, al ver nuestros defectos, no tenemos el heróico valor de confesarlo, sino que se lo arrojamos en forma de catilinaria a nuestro vecino. Apenas si surge un adjetivo que no se lo tiren a la cabeza todos a todos, con el santo deseo de descalabrarse. En realidad es que a todos nos duele. Pero en el fondo de esta gran miseria hay algo que nos llevará a todos a unificar nuestros esfuerzos hacia un ideal que está más alto de nuestra vanidad. No cabe duda."

CARTA ESCRITA EN LOS PRIMEROS MESES DE 1912.

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Querido maestro: Ya hace mucho tiempo que no tengo más noticias de Ud. que las que me dan los periódicos. Yo tengo mucho que hablar con Ud. y, probablemente, muy en breve le visitaré en Salamanca.

Por ahora sólo le ruego que me escriba una carta que podamos publicar en Soria, último rincón del mapa, donde, no obstante, tiene Ud. lectores y admiradores.

Antonio MACHADO

CARTA ESCRITA A MEDIADOS DE 1913.

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Querido, admirado maestro: Acabo de recibir su hermosa carta tan llena de bondad para mí y su composición "Bienaventurados los pobres" que me ha hecho llorar. Esta es la verdad española que debiera levantar a las piedras. No sé si habrá sensibilidad para estas cosas, pero si no la hay, estamos perdidos. Tenía intención de escribirle cuando leí su soberbia composición sobre el Cristo de Palencia, que encierra tanta belleza y tanta verdad como ésta del éxodo del campo. En esta tierra — una de las más fértiles de España— el hombre del campo emigra con las manos libres a buscarse el pan en condiciones trágicas en América y en Africa. También aquí el Cristo precristiano y postcristiano milagrea por los cabellos y las uñas y en cuanto al Cristo del cielo de que Ud. habla, no hay cuestión todavía.

Con toda el alma agradezco a Ud. el trabajo que piensa dedicarme. Publíquelo V. en la Hispania, de Londres, pues de este modo con tan espléndida recomendación podré yo algún día mandar trabajos a esa revista. En el próximo número de "La Lectura" verá V. mi artículo dedicado a su

libro *Contra esto y aquello,* muy especialmente a los capítulos sobre las conferencias de Lemaitre y preparo otro sobre sus ideas de pedagogía y educación nacional. Como casi todo el contenido de ese libro son crónicas publicadas por V. en "La Nación", de Buenos Aires, conviene que nuestros indígenas se enteren de lo más substancioso que, a mi juicio se ha dicho sobre estos temas. En sus artículos sobre el Rousseau de Lamaitre está, en mi opinión, calado hasta el fondo el espíritu del neocatolicismo francés que ya empieza a sentirse en España, como V. profetiza. He dedicado mucho tiempo a leer y comentar sus libros. Toda propaganda de ellos me parece poca. En Soria fundamos un periodiquillo para aficionar a las gentes a la lectura y allí tiene V. algunos lectores. Aquí no se puede hacer nada. Las gentes de esta tierra —lo digo con tristeza porque, al fin, son de mi familia— tienen el alma absolutamente impenetrable.

Primeras impresiones de Baeza, 1913

Tengo motivos que V. conoce para una gran amor a la tierra de Soria; pero tampoco me faltan para amar a esta Andalucía donde he nacido. Sin embargo, reconozco la superioridad espiritual de las tierras pobres del alto Duero. En lo bueno y en lo malo supera aquella gente. Esta Baeza, que llaman Salamanca andaluza, tiene un Instituto, un Seminario, una Escuela de Artes, varios colegios de segunda enseñanza, y apenas sabe leer un 30 por ciento de la población. No hay más que una librería donde se venden tarjetas postales, devocionarios y periódicos clericales y pornográficos. Es la comarca más rica de Jaén y la ciudad está poblada de mendigos y de señoritos arruinados en la ruleta. La profesión de jugador de monte se considera muy honrosa. Es infinitamente más levítica y no hay un átomo de religiosidad. Hasta los men-

digos son hermanos de alguna cofradía. Se habla de política —todo el mundo es conservador— y se discute con pasión cuando la Audiencia de Jaén viene a celebrar algún juicio por jurados. Una población rural, encanallada por la Iglesia y completamente huera. Por lo demás, el hombre del campo trabaja y sufre resignado o emigra en condiciones tan lamentables que equivalen al suicidio.

A primera vista parece esta ciudad mucho más culta que Soria, porque la gente acomodada es infinitamente discreta, amante del orden, de la moralidad administrativa y no faltan gentes leídas y coleccionistas de monedas antiguas. En el fondo no hay nada. Cuando se vive en estos páramos espirituales, no se puede escribir nada suave, porque necesita uno la indignación para no helarse también. Además, esto es España más que el Ateneo de Madrid. Yo desde aquí comprendo cuán a tono está con la realidad esa desgarrada y soberbia composición de V. y comprendo también su repulsión por esas mandangas y garliborleos de los modernistas cortesanos. A esos jóvenes los llevaría yo a la Alpujarra y los dejaría un par de años allí. Creo que esto sería más útil que pensionarlos para estudiar en la Sorbona. Muchos seguramente desaparecerían del mundo de las letras, pero acaso alguno encontraría acentos más hondos y verdaderos.

Yo no me atrevo a decir en público ciertas cosas, por miedo a que se me crea defensor de la barbarie nacional, pero temo también que se forme en España cierta superstición de la cultura que puede ser funesta. Me parece muy bien que se mande a los grandes centros de cultura a la juventud estudiosa, pero me parece muchísimo mejor la labor de V. cuando nos aconseja sacar con nuestras propias uñas algo de nuestras mismas entrañas. Esto, que no excluye lo otro, me parece lo esencial.

Yo he vivido cuatro años en París y algo, aunque poco, he aprendido allí. En seis años rodando por poblaciones de quinto orden, he aprendido infinitamente más. No sé si esto es para todos, pero cada cual es hijo de su experiencia.

Además estoy convencido de que los hombres que van dejando huella en el alma nacional como V. y Costa en nuestra época, son aquellos que más desafinan en el concierto cortesano y los que no han buscado la cultura hecha, como el escobero del cuento de las escobas. Su voz parece ruda y extemporánea pero, al fin, comprendemos que estaban a tono con realidades más hondas y verdaderas. Si a Cervantes lo hubieran protegido los magnates de su tiempo, es posible que no hubiera pasado de autor de La Galatea.

La cuestión religiosa

Leí también su artículo sobre la cuestión del catecismo. Es verdad que este asunto ha revelado también cuánta tierra hay en el alma de nuestra tierra. Mucha hipocresía hay y una falta absoluta de virilidad espiritual. Las señoras declaran que aquí todos somos católicos, es decir que aquí todos somos señoras. Yo creo que, en efecto, la mentalidad española es femenina, puesto que nadie protesta de la afirmación de las señoras. Después de todo, un cambio de sexo en la mentalidad española dominante a partir de nuestra expansión conquistadora en América, podría explicarnos este eterno batallar, no por la cuestión religiosa, sino contra ella, porque no haya cuestión. La Inquisición pudo muy bien ser cosa de señoras y las guerras civiles un levantamiento del campo azuzado por las señoras. Comprendo que esto es una interpretación caprichosa de la historia; pero en verdad extraña que en este país de los pantalones apenas haya negocio de alguna trascendencia que no resuelvan las mu-

jeres a escobazos. Empiezo a creer que la cuestión religiosa sólo preocupa en España a V. y a los pocos que sentimos con V. Ya oiría V. al Dr. Simarro, hombre de gran talento y de gran cultura, felicitarse de que el sentimiento religioso estuviera muerto en España. Si esto es verdad, medrados estamos, porque ¿cómo vamos a sacudir el lazo de hierro de la Iglesia católica que nos asfixia- Esta iglesia espiritualmente huera. pero de organización formidable, sólo puede ceder al embate de un impulso realmente religioso. El clericalismo español sólo puede indignar seriamente al que tenga un fondo cristiano. Todo lo demás es política y sectarismo, juego de izquierdas y derechas. La cuestión central es la religiosa y esa es la que tenemos que plantear de una vez. V. lo ha dicho hace mucho tiempo y los hechos de día en día vienen a darle a V. plena razón. Por eso me entusiasma su "Cristo de Palencia" que dice más del Estado actual religioso del alma española que todos los discursos de tradicionalistas y futuristas. Hablar de una España católica es decir algo bastante vago. A las señoras puede parecerles de buen tono no disgustar al Santo Padre y esto se puede llamar vaticanismo; y la religión del pueblo es un estado de superstición milagrera que no conocerán nunca esos pedantones incapaces de estudiar nada vivo. Es evidente que el Evangelio no vive hoy en el alma española, al menos no se le ve en ninguna parte. Pero los santones de la tradición española dirán que somos unos bárbaros los que proclamamos nuestro derecho a ignorar prácticamente unos cuantos libracos de historia para uso de predicadores y profesionales de la oratoria. Pronto tendremos otro pozo de ciencia donde acudan a llenar sus cubos los defensores de la España católica. Con la muerte de Menéndez Pelayo se quedaron en seco. Ahora acudirán al padre Calpena. Lo mismo da Julio Ce-

sar que Julián Cerezas; para estas gentes lo esencial es que haya un señor con autoridad suficiente para defender el tesoro de la tradición. Cultura, sabiduría, ciencia, palabras son éstas que empiezan a molestarme. Si nuestra alma es incapaz de luz propia, si no queremos iluminarla por dentro, la barbarie y la iniquidad perdurarán. Ni Atenas, ni Koenisberg, ni París nos salvarán, si no nos proponemos salvarnos. Cada día estoy más seguro de esta verdad.

Recuerdo de Leonor

Envío a V. lo que tengo publicado. Planeo varios poemitas y tengo muchas cosas empezadas. Nada definitivo. Mi obra esbozada en Campos de Castilla continuará si Dios quiere. La muerte de mi mujer dejó mi espíritu desgarrado. Mi mujer era una criatura angelical, segada por la muerte cruelmente. Yo tenía adoración por ella; pero sobre el amor está la piedad. Yo hubiera preferido mil veces morirme a verla morir, hubiera dado mil vidas por la suya. No creo que haya nada extraordinario en este sentimiento mío. Algo inmortal hay en nosotros que quisiera morir con lo que muere. Tal vez por esto viniera Dios al mundo. Pensando en esto, me consuelo algo. Tengo a veces esperanza. Una fe negativa es también absurda. Sin embargo, el golpe fue terrible y no creo haberme repuesto. Mientras luché a su lado contra lo irremediable me sostenía mi conciencia de sufrir mucho más que ella, al fin, no pensó nunca en morirse y su enfermedad no era dolorosa. En fin, hoy vive en mí más que nunca y algunas veces creo firmemente que la he de recobrar. Paciencia y humildad.

En fin, querido Don Miguel, quería V. carta mía y acaso le he complacido hasta el abuso.

Mándeme su próximo libro. Aquí apenas llegan periódicos y muchas veces no me entero si-

quiera de lo que se publica. Su Cristo de Velázquez saldrá, supongo, en El Imparcial.

Algún día le visitaré en esa Baeza castellana. Tuve intención de ir con mi mujer a verlo el año después de mi matrimonio.

Le desea toda la felicidad que V. merece su siempre admirador y amigo.

Antonio MACHADO

CARTA ESCRITA A FINES DE DICIEMBRE DE 1914.

Querido y admirado maestro: Ya hacía tiempo deseaba escribirle; pero he preferido aguardar a tener noticia de su regreso a Salamanca para hacerlo. La noticia me llega por V. mismo, en sus artículos de "*Nuevo Mundo*". *Desde Baeza*, donde siempre me tiene a su devoción, he seguido con gran interés su asunto del Rectorado, de que tan indignamente fue V. despojado por una política vil. He escrito muchas cartas a muchos amigos, procurando contrastar mi indignación por el hecho con la de mis prójimos y he sacado en consecuencia que, no solamente la España intelectual, sino toda la España honrada, está de su parte. Leí su terrible discurso del Ateneo. Dice V. muchas verdades de esas que no pueden decirse. Su intervención personal ha sido valiente y noble, humilde y santa. Ya veo lo que piensa V. de la guerra y de nosotros ante ella. En efecto, nuestra actitud no es muy digna. Acaso deberíamos ayudar a nuestros hermanos, olvidando el poco amor que estos nos profesan. En caso de vida o muerte se debe estar siempre con el más prójimo. Pero no sentimos la guerra, como tampoco sentimos la paz. No es cobardía, en este caso nuestra actitud, aunque

por otros conceptos, somos cobardes. No creo demasiado en la reacción francesa que el simpático Azorín profetiza. Esta reacción se incubaba en Francia, como V. sabe muy bien, mucho antes de la guerra; pero la guerra, a mi entender la malogrará. No creo —y en esto tal vez sea demasiado benévolo con nuestros vecinos— que pretendan sacar consecuencias de las falsas premisas asentadas antes de la guerra, cuando la guerra habrá evidenciado, con el triunfo de Francia —la Francia laica y religiosa, no la Francia vaticanista y rencorosa— la falsedad de estas mismas premisas. Por otra parte, no veo muy claro el triunfo francés, aunque me inclino a sospecharlo.

Esta guerra me parece tan trágica y terrible como falta de nobleza y de belleza ideal. Después de ella tendremos que rectificar algo más que conceptos: sentimientos, que nos parecían santos y que son, en realidad, criminales, inhumanos. Yo empiezo a dudar de la santidad del patriotismo.

Personalía

Yo sigo en este poblachón moruno, sin esperanzas de salir de él, es decir, resignado, aunque no satisfecho. Para salir de aquí tendría que intrigar, gestionar. mendigar, cosa incompatible, no sé si con mi orgullo o con mi vanidad. En los concursos saltan por encima de mí, aun aquellos que son más jóvenes en el profesorado y no precisamente a causa de su juventud, sino por ser Doctores, Licenciados, ¡qué sé yo cuántas cosas!... Yo, por lo visto, no soy nada oficialmente. Esto, en cierto modo, me consuela.

Para una filosofía española

¡Cuántas veces he leído su soberbio libro *Del sentimiento trágico en los hombres y en los pue-*

blos! Por cierto que los filósofos de profesión, parece que no han reparado en él. Es, no obstante, una obra fundamental, tan española, tan nuestra que, a partir de ella, se puede hablar de una filosofía española, de esa filosofía tan arbitrariamente afirmada como negada, antes de su libro. Negada arbitrariamente, digo, porque ¿no es *La vida es sueño* obra tan filosófica como las *Críticas* de Kant? Y Teresa de Jesús, como V. dice, ha visto en su alma tan hondo como quien más. Filosofía, en efecto, difusa en nuestra literatura, pero viva en el alma española y que V., un vasco del siglo XX, realiza sacándola, a su vez del fondo de su alma. V. que tantas cosas bellas ha escrito, nos ha dado esa, su obra más íntima, más suya —cierto— pero al mismo tiempo más nuestra.

Y esta ocasión se elije para despojarle a V. del Rectorado de Salamanca, de esa Universidad donde Fray Luis profesó Teología, aunque, si no recuerdo mal, también sufrió persecusiones por sospechoso de heterodoxia. Pero la Inquisición de hoy es infinitamente más repugnante que aquélla. Malos tiempos corremos; de infinita vulgaridad.

En fin, querido Rector —no ya de Salamanca sino de la poca España que aún nos queda— quede con Dios y reciba el buen afecto de

Antonio MACHADO

CARTA ESCRITA EL 24 DE SEPTIEMBRE DE 1921.

Querido maestro:

Tiempo hace que deseaba escribirle. No achaque mi silencio a mengua en mi afecto hacia usted. Es descontento de nosotros mismos lo que, a veces, nos aleja de nuestros altos y nobles amigos.

Estoy en Madrid dispuesto a tornar a Segovia. He pasado algunos días enfermo con fiebres tifoideas, con lo cual he aligerado un poco esta *too solid flesh*. Siempre que se pierde de peso, se gana en energía y en propósitos de porvenir. Nunca me siento peor que cuando estoy saludable y robusto; aunque bien comprendo que esta salud y robustez no pasan de apariencia.

Mi proximidad a Madrid y más larga residencia en la corte me han dado, a cambio de algunas ventajas, una mayor desconfianza del porvenir de España. Es mucha Beocia esta villa coronada. La guerra trajo un cierto incremento de riqueza —hijo del robo, no de la industria—, y esta riqueza sólo ha dado hasta ahora un aumento de bestialidad, de egoismo, de materialidad. Dominan la satisfacción y el relincho que alaban al dios de las barrigas llenas. En medio de esta orgía de paletos, no faltan melancólicos en los cuales empiezo a sospechar cierto fariseísmo. Algunos merecerán sin duda el *in eterno faticoso*

manto con que el Dante abruma en su *Infierno* a los hipócritas. Falta de energía moral, de virilidad; sobra de resignación cobarde, que se disfraza de superioridad para la comprensión y aun de humildad evangélica. Parece que ningún hombre de nuestra política conoce su deber. Lacayería y mendicidad, como usted tantas veces ha dicho.

Aparte de esta vileza de fondo, que usted señala con tan profundo tino, hay una desorientación grande y falta de visión clara del problema político entre los que más presumen de comprensivos. Acaso no faltan hombres de buena voluntad descaminados y descaminantes. Yo tengo buenos amigos, personas dignas de estimación por muchos conceptos, entre los llamados reformistas. Creo que como políticos han hecho mucho daño, porque son *saboteurs* más o menos conscientes de una revolución inexorable. Comenzaron proclamando la accidentalidad de las formas de gobierno muy a destiempo y en provecho de la superstición monárquica y del servilismo palatino. Con ello anularon la noble, aunque de corta fecha, tradición política que teníamos y la labor educadora de Pi y Margall, Salmerón y otros dignos republicanos que emplearon cuarenta años de su vida en convencer al pueblo de todo lo contrario. Abandonaron el republicanismo; algunos fueron más allá sin vocación suficiente. Otros, los más, quedaron en una posición torpemente pragmática, sin dignidad ideal y sin alcanzar tampoco el precio (*sic.* ¿premio?) y la eficacia. Hicieron algo peor... Cuando yo era niño había en España una emoción republicana. Recuerdo haber llorado de entusiasmo oyendo *La Marsellesa* en una turba que vitoreaba a Salmerón, a su vuelta de Barcelona. El pueblo hablaba de la idea republicana, y esta idea era, cuando menos, una emoción, y muy noble a fe mía. ¿Por qué matarla? En vez de ahondar el foso donde se hundiera la España de la restauración, afirmando el republicanismo, depurándolo, enriqueciéndole con nueva savia, decidieron echar el puente levadizo hasta la antesala de las mercedes. Pecaron de inocentes, o quizá de fatuos o engreídos, porque pensaron, acaso, que ellos podrían, una vez dentro

de la olla grande, dar un tono de salud al conjunto pútrido del cual iban a formar parte. Grave error. Verá usted cómo todos serán recogidos en la misma carreta de la basura.

Hoy es preciso sacar las ascuas de la ceniza y hacer hoguera con leña nueva.

Leo cuanto usted escribe; su admirable *Cristo de Velázquez.* Cuatro ejemplares de él tengo comprados. Lo presto, no me lo devuelven, y no me resigno a perderlo.

Reciba el progresivo afecto y admiración sin límites de

Antonio MACHADO

6

POEMAS INEDITOS

Contaba don Antonio que un señor Noya, segundo marido de la suegra de Becquer, le regaló a él, como presente de bodas dos composiciones inéditas del célebre poeta. Estimó don Antonio que Becquer no las hubiera publicado nunca y las quemó piadosamente. Me ha hecho recordar este sucedido uno de los poemas que siguen, el titulado Apuntes, *no —quede bien claro— porque la ninguna autoridad de mi juicio lo considere digno de la quema, sino en la duda de si por eso, por ser* apuntes *que esperaban sazón, los hubiera publicado don Antonio.*

Sobre el soneto que aparece en último lugar, publicado recientemente en una revista literaria y católica —más lo segundo que lo primero— editada en España, llamo la atención del lector, pues de su total autenticidad tengo muy serias dudas. Vienen éstas, más que de lo insólito del tema en don Antonio, de un cierto olor a sindeticón *y a manos hábiles que he creído encontrar donde sospecho que hay costura. El* tu poeta *de la quinta estrofa y el* Diosa mía *de la octava son, para mí, por razones obvias, casi una certificación de que el* hallazgo *encierra gatuperio. Lo incluyo, sin embargo, por la dudas, pero preguntándome y preguntando si las dos primeras estrofas no habrán sido cambiadas.*

POEMAS INEDITOS

EL MILAGRO

EN Segovia, una tarde, de paseo
por la alameda que el Eresma baña,
para leer mi Biblia,
eché mano al estuche de las gafas,
en busca de este andamio de mis ojos,
mi volado balcón de la mirada.
Abrí el estuche con el gesto firme
y doctoral de quien se dice: aguarda,
y ahora verás si veo...
Abrí el estuche, pero dentro, nada:
point de lunettes... *¿Huyeron? Juraría*
que algo brilló cuando la negra tapa
abrí del diminuto
ataúd de bolsillo, y que volaban,
huyendo de su encierro,
cual mariposas de cristal, mis gafas.
El libro bajo el brazo,
la orfandad de mis ojos paseaba,
pensando: hasta las cosas que dejamos
muertas de risa en casa,
tienen su doble donde estar debieran,
o es un acto de fe toda mirada.

ANTONIO MACHADO

ALBORADAS

EN San Millán
a misa de alba
tocando están.
Escuchad, señora,
los campaniles del alba,
los faisanes de la aurora.
Mal dice el negro atavío,
negro manto y negra toca,
con el carmín de esa boca.
Nunca se viera
de misa, tan de mañana,
viudita más casadera.

POEMAS INEDITOS

LOS JARDINES DEL POETA

A Juan Ramón Jiménez

EL poeta es jardinero. En sus jardines
corre sutil la brisa
con livianos acordes de violines,
llantos de ruiseñores,
ecos de voz lejana y clara risa
de jóvenes amantes habladores.
Y otros jardines tiene. Allí la fuente
le dice: Te conozco y te esperaba.
Y él, al verse en la onda transparente:
¡Apenas soy aquel que ayer soñaba!
Y otros jardines tiene. Los jazmines
añoran ya verbenas del estío,
y son liras de aroma estos jardines,
dulces liras que tañe el viento frío.
Y van pasando solitarias horas,
y ya las fuentes, a la luna llena,
suspiran en los mármoles, cantoras,
y en todo el aire sólo el agua suena.

ANTONIO MACHADO

TIERRA BAJA

POR estas tierras de Andalucía,
¿no arrancan rejas los caballeros,
como Paredes, el gran forzudo,
dicen que hacía?
¿No hay bandoleros?
¿Diego Corrientes, Jaime el Barbudo,
José María,
con sus cuadrillas de escopeteros?

¡Oh, enjauladitas hembras hispanas,
desde que os ponen el traje largo,
cuán agria espera, qué tedio amargo
para vasotras, entre las rejas
de las ventanas,
de estas morunas ciudades viejas,
de estas celosas urbes gitanas!

POEMAS INEDITOS

APUNTES

¿FALTARAN los lirios
a la primavera;
el canto a la moza
y el cuento a la abuela,
y al llanto del niño
la ubre materna?

¿Los encinares del monte
son de retórica vieja?
Nunca desdeñéis las cópulas
fatales, clásicas, bellas
del potro con la llanura,
del mar con la nave hueca,
del viento con el molino,
la torre con la cigüeña.

Riman la sed con el agua,
el fuelle con la candela,
la bruja con el rosario,
la jarra con la moneda.
Los cántaros con las fuentes
y las graciosas caderas
y con los finos tobillos
la danza y la adolescencia.
El escudo con el brazo,
la mano con la herramienta,

y los músculos de Heracles
con el león de Nimea.
Más si digo: hay coplas
que huelen a pesca,
o el mar huele a rosas,
sus gafas más negras
se calan los doctos
y me latinean:
¿Risum teneatis?
con gran suficiencia.
Y las nueve musas
se ríen de veras.

POEMAS INEDITOS

SONETO

PERDON, Madoma del Pilar, si llego
al par que nuestro amado florentino,
con una mata de serrano espliego,
con una rosa de silvestre espino.

¿Qué otra flor para ti de tu poeta
si no es la flor de su melancolía?
Aquí, donde los huesos del planeta
pule el sol, hiela el viento, Diosa mía,
¡con qué divino acento
me llega a mi rincón de sombra y frío
tu nombre, al acercarme el tibio aliento
de otoño, el hondo resonar del río!
Adios; cerrada mi ventana siento
junto a mi corazón... ¿Oyes el mío?

PAPELES POSTUMOS

LOS COMPLEMENTARIOS

GENTES DE MI TIERRA

DURANTE el tiempo que he vivido en París, más de dos años, por mi cuenta, he tratado pocos franceses, pero en cambio he podido observar algunos caracteres de mi tierra.

La mayoría de los españoles que he conocido en Francia son gentes para quienes se cerró la frontera española. Algunos abandonaron la patria perseguidos por delitos políticos, los más son desertores del ejército; no faltan golfos, que se dicen bohemios, y entre ellos, espíritus inquietos y hombres de fantasía para quienes la suerte de vivir en París compensa de no pocas fatigas. Generalmente, estos emigrados españoles vienen de las grandes ciudades: Madrid, Barcelona, Valencia... Pero también he conocido en París gentes provincianas, de capitales de tercer orden, cuyas vidas me interesan mucho por lo castizas.

Una tarde que conversaba en un café del Quartier con un amigo mío, se me acercó un joven a quien yo no acertaba a reconocer, pero a quien sin duda había visto en alguna parte.

—¿No se acuerda de mí?... Casares.

Era un hombre alto, delgado, de rostro imberbe, con ojos verdes inquietos y sin pestañas. Llevaba un sombrero hongo abollado y un gabán bastante raído.

En efecto, yo había conocido a Casares en una pequeña capital de provincia hacía ya ocho o diez años. Casares entonces era un jovenzuelo bastante presumido, que dirigía un periódico titulado *El Eco de X*, que sostenía el cacique de la comarca. Casares se peleó con el cacique, y fundó entonces *El Desmoche,* furibundo defensor de los intereses del pueblo.

El Desmoche fué el terror de la ciudad. En él arremetía Casares contra el alcalde, el gobernador, los concejales, los magistrados; denunciaba el juego del Casino, los chanchullos de la Hacienda, las piraterías de la usura y sacaba todo lo feo escondido a la vergüenza pública. En los primeros números Casares respetaba a los curas, temeroso de una excomunión del obispo, que le privase de lectores; pero los curas, que redactaban otro periodiquillo titulado *El Triunfo de la Fe,* se metieron con *El Desmoche,* y Casares entonces embistió fieramente contra *El Triunfo de la Fe.*

Entre ambos papeles se entabló una lucha enconada. *El Triunfo de la Fe* encabezaba su editorial con palabras de este jaez: "Cuando una repugnante larva, un sucio gusarapo entre la baba infecta y el inmundo lodo . ." Y *El Desmoche* respondía: "Si en la sagrada cátedra viérais aparecer una mula sarnosa, llena de esparabanes. . ." La mula a que *El Desmoche* aludía era canónigo, director y redactor de *El Triunfo,* y la repugnante larva de que hablaba *El Triunfo*, mi amigo Casares. No se citaban nombres, para eludir querellas criminales; y de este modo, el rojo y el negro se machacaban a su sabor. Pero al pobre Casares se le fué un día la pluma y estampó en *El Desmoche* el nombre del canónigo, acompañado de unos cuantos piropos. El canónigo entonces le llevó a los tribunales, y Casares fué condenado por injuria y calumnia y desterrado de la provincia.

Los curas quedaron dueños del campo. Casares lanzó el último número de su *Desmoche* y desapareció de la capital con las palabras que puso Zorrilla en boca de don Pedro el Cruel:

PAPELES POSTUMOS

...Volveré algún día
y ¡ay del que entonces a aparecer se atreva!

Y éste era el hombre que tenía delante de mí. Pero Casares ya no era el joven presumido y decidor que yo había conocido. El tiempo hizo de él un hombre reservado y sombrío. Al descubrirse para saludar noté que tenía la cabeza calva.

—Siéntese y tome algo, amigo Casares— le dije.

Casares sentóse a nuestra mesa y pidió café.

—Cuénteme de su vida.

—Muchas calamidades —me respondió—. Los hombres como yo no pueden medrar. Para hacer fortuna es preciso doblegarse y arrastrarse, y Casares ni se dobla ni se arrastra.

Sus hábitos de periodista provinciano le hacían hablar de sí en tercera persona. Y cuando decía: "Casares no hará esto, —no pensará Casares..." era como si dijese: "Nuestro digno Director..." Casares me contó las peripecias de su vida que precedieron a su expulsión definitiva del territorio español. En la capital de un distrito minero fundó un periódico titulado *El Zurriago* y la emprendió con patronos y capitalistas. El resultado de esta campaña fué dar con sus huesos en la cárcel. Cuando recobró la libertad, ofreció su pluma a un periódico de una capital andaluza, y fué su redactor en jefe durante algunas semanas. Pronto se declaró independiente, y fundó *El Vergajo,* periódico comunista donde Casares aconsejaba a los trabajadores del campo que se comieran crudos a los propietarios rurales. Los propietarios rurales le propinaron una enorme paliza por mediación de los trabajadores del campo, y Casares huyó a Valencia, donde hizo campaña antimilitarista, y después a Barcelona, donde fué perseguido a raíz de la "Semana Sangrienta", y tuvo que pasar la frontera. Su vida en Francia había sido también lamentable. Tuvo que pedir trabajo en fábricas y almacenes, y fué embalador de botellas, barrendero, cargador y hasta bestia de tiro, pues durante algún tiempo anduvo por las calles de París arras-

trando un carricoche, con grave riesgo de morir aplastado por tranvías y ómnibus. Por fin, había conseguido algunas lecciones de español que le permitían vivir, aunque con mil apuros. Pero como asistía a mítines y asambleas anarquistas y la policía francesa tenía malos informe suyos, pensaba que pronto le expulsarían de Francia y se vería obligado a pasar la frontera de Bélgica. A España no podía volver.

Los hombres como Casares tienen un billete circular para andar por el mundo, que no les permite parar dos veces en la misma estación.

Yo no sé si los hombres como Casares, de rígida mentalidad y tan *definitivos* que en nada los modifica su propia vida, hombres batalladores y románticos, siempre dispuestos a *tomarse,* como Don Quijote, con Satanás en persona, son los rezagados de una raza incapaz y absurda, o por el contrario, los supervivientes de un gran pueblo desaparecido y que pudieran convertirse, acaso, en precursores y progenitores de otro gran pueblo del porvenir. Lo cierto es que me inspiran profunda simpatía. En Cuenca o en Soria, en Segovia o en Albacete, en Jerez de la Frontera o en Fregenal de la Sierra, no falta nunca un Casares dispuesto a fundar un periódico para defender *la idea* y pelearse con su propia sombra. Bajo una apariencia vulgar, humilde y trasnochada, persiste en este hombre el fiero individualismo de nuestra raza. No preveía Casares que el medio haya de ser necesariamente más fuerte que el individuo. Allí donde la uniformidad mental ejerce la presión más formidable, y donde un elemento de rebeldía se encuentra en el más absoluto desamparo, el *hombre Casares* lucha solo, arremetiendo valientemente contra todos. Yo he presenciado esta épica lucha durante años enteros, y hasta en ocasiones me parecía la victoria idecisa. Al fin, un puntapié unánime, al que concurren los que parecían indiferentes y aun los benóvolos, da con Casares en tierra. Pero a los pocos meses de la desaparición definitiva de Casares y de la muerte de *El Desmoche,* veréis a un joven mal vestido y con cara de pocos amigos que se pasea por

las calles con un grueso bastón en la mano. Es el fundador, director y repartidor de *El Alacrán* o de *La Escoba,* periódico radical, digno sucesor de *El Desmoche*...

*

Pasados algunos meses volví a ver a Casares en la terraza de otro café del Barrio Latino. Tenía el rostro más pálido y el gabán más raído. Tomaba cerveza en compañía de un joven andaluz picado de viruelas, ojos saltones, de una movilidad inquietante, que accionaba con ademanes descompuestos y cuyo rostro expresaba tan pronto odio agresivo como burla y menosprecio. Ambos discutían; pero Casares parecía acorralado por el andaluz.

—A la horca os mandaba yo.

—¿Por qué? —preguntaba Casares con expresión ingenua, mientras se limpiaba el sudor de la calva con el pañuelo.

—Porque sois fieras —respondía el andaluz con voz tonante, mirando a Casares fijamente con los ojos inyectados en sangre—. ¡Fieraaas! Y después de una larga pausa añadía: Pero ven acá, pedazo de alcornoque: ¿Vosotros no predicáis la violencia y el crimen contra la sociedad constituida?

—Sí, contestaba Casares. Contra una sociedad infame.

—Y vosotros, angelitos patudos, ¿qué esperáis de esa sociedad? ¿Queréis que os convide a merengues? Y el andaluz dió a Casares una palmada en la calva. Casares, algo corrido, sonreía bondadosamente.

—Bueno —añadió el andaluz—; si me pagas otro bock, cuenta conmigo para ponerle un petardo al propio Maura en el trasero.

Yo conocía también, de antiguo, al joven andaluz interlocutor de Casares. Perico Lija era hoy un perdis, bohemio, si queréis; pero había sido un chico aprovechado. No es extraño que los chicos aprovechados acaben en

golfos; lo contrario, sí, aunque también hay casos. Nos conocimos siendo niños en un colegio de Sevilla, donde estudiábamos el último año de Bachillerato. Perico era el más aventajado alumno de la clase. Yo era entonces un estudiante menos que mediano. De aquí el aire de superioridad con que siempre me trató. La vanidad escolar no se cura nunca. Después, Perico Lija pasó a estudiar Leyes en el Sacromonte de Granada, donde obtuvo una beca o pensión para Italia. Esto era lo que por mí mismo y por informes fidedignos sabía yo de Perico Lija. Después he sabido otras cosas que no le favorecen, y él me contó mil historias, en las cuales no creo.

Perico Lija es embustero, charlatán y polemista. Tiene, sobre todo, fantasía, lo que llamamos fantasía los andaluces. La fantasía andaluza es única en el mundo. No sirve para producir ni para crear; es algo que tiende a deslumbrar y a aturdir; es una alarma moruna, combinada con fuegos de artificio y que termina siempre con un golpe al candil para llevarse algo. La inconsistencia mental de Perico le permite discutirlo todo, tomando siempre el punto de vista contrario al de su interlocutor. Frente a Casares, Perico defiende el orden y la religión; frente a gentes tímidas o aburguesadas, se muestra anárquico, subversivo, partidario, sobre todo del amor libre. Dispone de gran cantidad de lugares comunes, que combina con chistes de almanaque; es un formidable polemista de café. No obstante su afán de pelear, acaba diciendo siempre lo que le conviene decir, y procura no indisponerse con nadie antes de obtener alguna ventaja o utilidad.

El *hombre lija,* también frecuente en nuestra tierra, es un emancipado por egoísmo de trabas y obligaciones. Perico tenía a sus padres en España. Sus padres —ricos ayer, hoy viejos y pobres— habían hecho por él toda suerte de sacrificios para educarlo y atender a sus necesidades y a sus caprichos. Perico Lija no se acordaba de sus padres.

Perico Lija había abandonado a su mujer y a dos niños en España, y vivía en París amancebado con una joven, de la cual tenía un hijo. Según confesión propia, pronto

rompería este último lazo, porque —lo que él decía— el hombre debe ser libre.

Perico Lija era uno de estos hombres desdichados por un exceso de egoísmo, unido a una sensualidad bestial, y a quienes muchas veces falta para comer y rara vez para emborracharse; de esos hombres que explotan la miseria accidental a que les llevan sus vicios, acudiendo a la benevolencia del prójimo y pensando que la humanidad entera no tiene otra misión que ayudarles y sostenerles.

Estos hombres sienten un gran desdeño por los ingenuos del tipo Casares, entes sencillos, de escasas necesidades y sin vicios, que luchan sin embustes y sin ventajas, y a quienes la vida trata muy duramente. Lija, pues, dice que Casares es un burgués en el fondo, con lo cual cree haber dicho bastante contra su amigo. Casares, en cambio, dice de Perico Lija que es un chico muy instruido y de muy buena imaginación.

Casares, después de pagar otra consumición a su amigo, le propuso fundar un periódico en París para hacer la revolución en España. Lija trataba de disuadirlo. Lo que convenía era fundar una revista para explotar la vanidad de los americanos, poniendo al frente de cada número el retrato de un general o de un doctor. La idea era excelente y él contaba ya con el caballo blanco. A Casares no lo entusiasmaba la proposición, y Lija, después de mirarlo con desprecio, pasó a otro tema.

—Como comprenderás —dijo Perico Lija— tenemos que asistir mañana al baile de Quart'Z-arts.

En París celebran los artistas todos los años un baile monstruo, al que asisten los hombres disfrazados y las mujeres desnudas. Es una fiesta llena de pretensiones paganas, que admira a los rastacueros.

Casares no estaba muy persuadido de la necesidad de asistir a aquella bacanal. Lija insitía:

—Es necesario que me procures cuarenta o cincuenta francos. Yo me encargo de conseguir billetes gratis. Por los disfraces, no te apures. Yo tengo el mío de higorrote,

y a ti te disfrazo de piel roja por menos de dos francos. Tú sabes que dentro de unos días tengo guita; conque apoquina.

Ignoro si consiguió Lija sacar al pobre Casares su menguado caudal, ganado con lecciones de español a franco la hora, y si la siguiente noche asistieron al baile.

*

Pasados algunos meses volví a ver a Casares, y le pregunté por Lija.

—Le tenía por persona decente; pero es un canalla —me dijo muy serio—. Sí, es un canalla, no lo dude. Ya sabe usted que Lija vivía con una pobre muchacha, de quien tiene un hijo de algunos meses. Muchas veces me dijo que pensaba abandonar a la mujer y al niño. Yo no lo creía. Pues bien; ayer se me presentó en casa la pobre muchacha con la criatura en brazos, diciéndome que Lija la había abandonado y que no sabía su paradero. A mí me consta que Lija había cobrado una cantidad hace unos días. ¿Qué le parece a usted? Es un malvado. En mi casa tengo a la mujer y al niño y ando buscando a Lija por todo París, y si lo encuentro, le juro a usted que le rompo la crisma.

Después no he vuelto a tener noticias de Casares. ¿Lo habrán expulsado de Francia? ¿Estará en la cárcel? ¿Habrá vuelto a España para fundar *El Zurriago* en Mataporquera? No sé... Acaso ha muerto en la cárcel o en el hospital. A perico Lija lo vi algunos años más tarde, en una barraca de Montmartre. Sí, aquel Jonás que salía del vientre de una ballena de cartón tocando la guitarra, era Perico Lija.

SOBRE ORTEGA Y GASSET

¿Qué representa en la España actual el joven maestro Ortega y Gasset? ¿Cuál es la causa de su prestigio entre la juventud progresista española? ¿Por qué sus libros se esperan con impaciencia y se leen con avidez? ¿Por qué esta voluntad de artista y de pensador va acompañada y como amorosamente reforzada por otras buenas voluntades que pretenden crearle un ambiente de espera impregnada de simpatía en el cual puede aquélla alcanzar su máxima atención?

Sumariamente se podría responder: porque vemos que Ortega y Gasset tiene talento. Pero con esto las preguntas quedarían incontestadas. Muchos talentos se han producido en el yermo de la indiferencia ambiente y aun de la hostilidad. A nadie importaba hace veinte años que Ganivet o Unamuno, que Baroja, Azorín o Valle-Inclán tuvieran mucho nuevo que revelarnos. Eran ellos mismos cosa nueva, y su obra tuvo mucho de agresiva porque reaccionaban contra un medio enemigo, y algo de violenta porque pretendían hacerse oír de oídos sordos o, más bien, distraídos.

Ahora podemos intentar nueva réplica. El triunfo de estos veteranos es, en gran parte, la creación de ese ambiente propicio al desarrollo y expansión de nuevas personalidades. Conforme: pero con esto no contestamos suficientemente. Estos mismos autores han producido sus

obras mejores, algunas insuperables, después de su época de combate; nuevos valores se han revelado. El reciente libro de Ayala, *El sendero innumerable*, es el fruto de la lírica moderna. Supera en mucho todo lo intentado; su valor es definitivo, tal es al menos mi humilde opinión. Y, sin embargo.. Estas obras se gustan y se admiran, pero dentro de un núcleo reducido, aunque selecto. Intentaremos otra contestación: Ortega y Gasset fué revelado al público en trabajos que parecían interesados en influir en la política española, y la política es cosa que interesa a más gente. Pero no nos engañemos: lo que interesa a los más, en la política, es la perspectiva de un acta o de un destino, precisamente lo que nadie puede esperar de Ortega. No es por aquí.

Ortega y Gasset representa, a mi entender, en primer término o en primer plano, un gesto nuevo: el gesto meditativo; es el hombre que hace ademán de meditar. Este es un estilo, y el estilo es el ademán del hombre. No confundamos el ademán con lo que los franceses llaman "pose", y ahorremos definiciones.

MISTERIOSO y silencioso
Iba una y otra vez.
Su mirada era tan profunda
Que apenas se podía ver.
Cuando hablaba tenía un dejo
De timidez y de altivez.
Y la luz de sus pensamientos
Casi siempre se veía arder.
Era luminoso y profundo
Como era hombre de buena fe.
Fuera pastor de mil leones
Y de corderos a la vez

Sigue a la vuelta

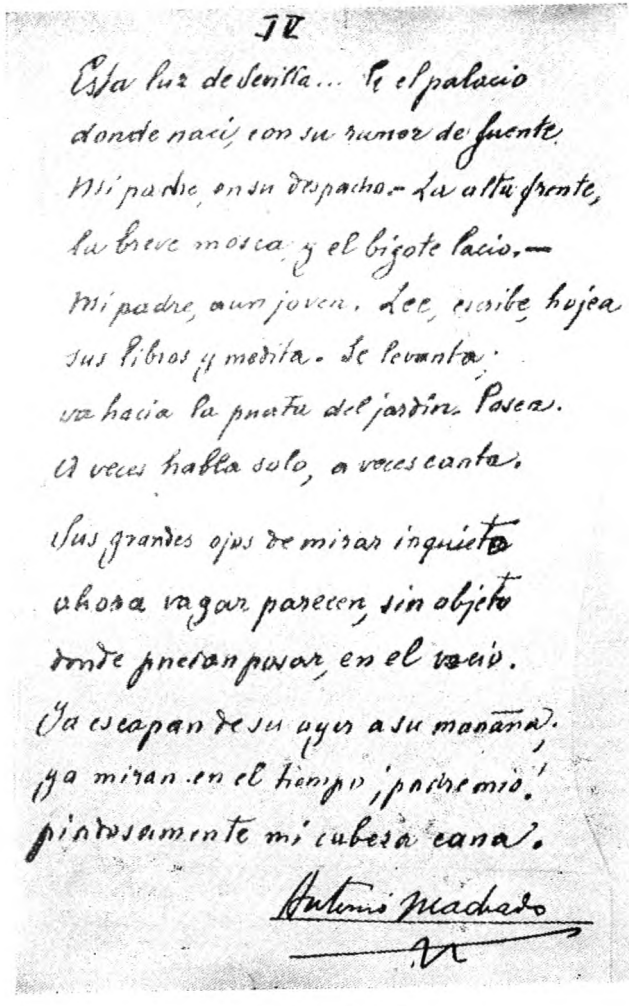
Conduciría tempestades
O traería un panal de miel.
Las maravillas de la vida
Y del amor y del placer.
Cantaba en versos profundos
Cuyo secreto era de él.
Montado en un raro Pegaso,
Un día al imposible fué
Ruego por Antonio a mis dioses,
Ellos le salven siempre. Amén.

Rubén Darío

Antonio Machado en 1936

...en torno a Soria, entre plomizos cerros
y manchas de raídos encinares,
mi corazón está vagando en sueños...

Antonio Machado. Oléo de José Machado



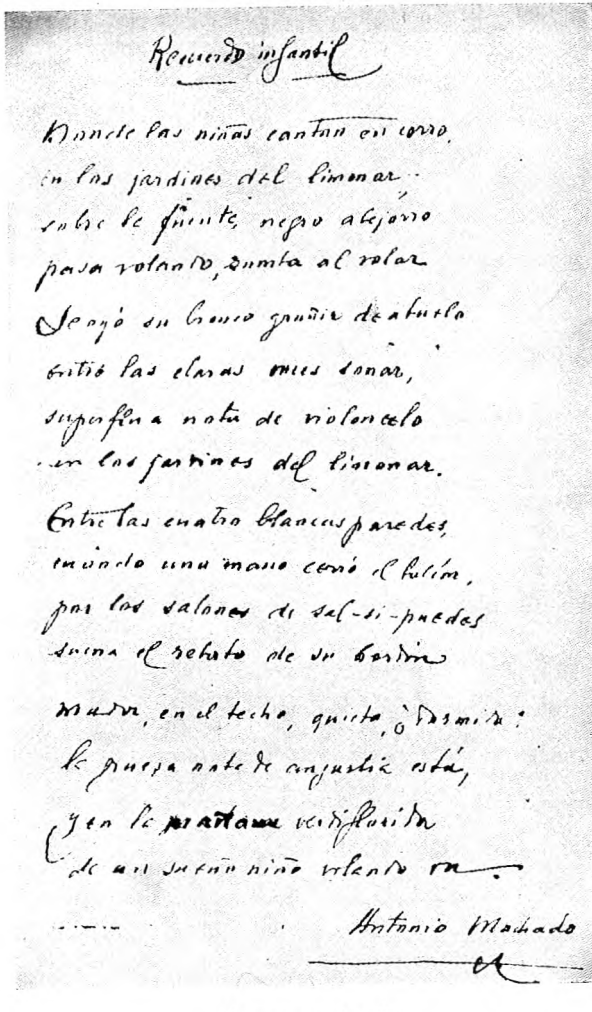
IV

Esta luz de Sevilla... Es el palacio
donde nací, con su rumor de fuente,
mi padre, en su despacho. La alta frente,
la breve mosca y el bigote lacio.—
Mi padre, aun joven. Lee, escribe, hojea
sus libros y medita. Se levanta;
va hacia la puerta del jardín. Pasea.
A veces habla solo, a veces canta.

Sus grandes ojos de mirar inquieto
ahora vagar parecen, sin objeto
donde prefieren posar, en el vacío.
Ya escapan de su ayer a su mañana,
ya miran en el tiempo, ¡pobre mío!
piadosamente mi cabeza cana.

Antonio Machado

Poema autógrafo



Recuerdo infantil

Donde las niñas cantan en coro,
en los jardines del limonar;
sobre la fuente, negro alfajore
pasa volando, zumba al volar.

Jergón su bronco gruñir de abuelo
batió las claras voces sonar,
superflua nota de violoncelo
en los jardines del limonar.

Entre las cuatro blancas paredes,
mirando una mano cerró el balín,
por los salones de sal-si-puedes
suena el retrato de un bordón.

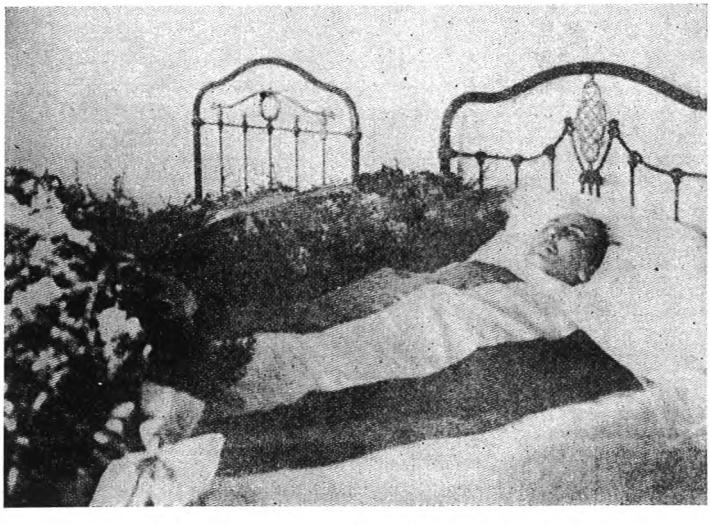
Muerta, en el techo, quieta, ¡dormida!
la guasa noche de angustia está,
y en la [illegible] verdiflorida
de un sueño niño volando va.

Antonio Machado

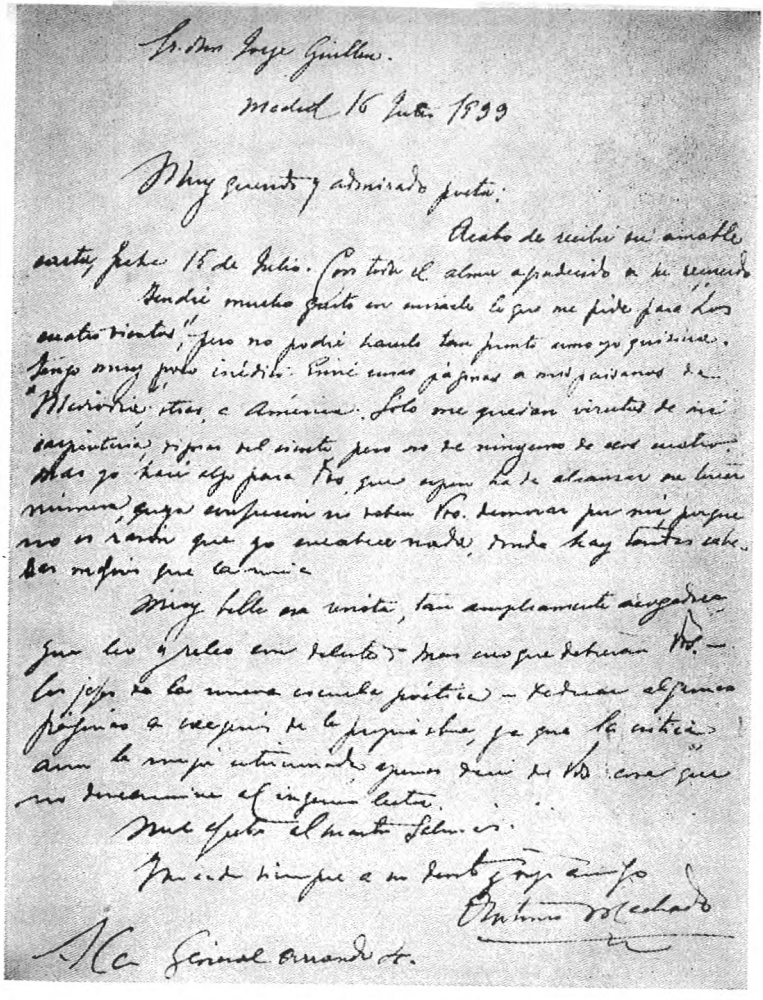
Poema autógrafo

DIBUJO POR JOSÉ MACHADO (1935).

Vive, esperanza, ¡quien sabe
lo que se traga la tierra!



Antonio Machado en su lecho de muerte



Sr. Don Jorge Guillén.

Madrid 16 Julio 1929

Muy querido y admirado poeta:

Acabo de recibir su amable carta fecha 15 de Julio. Con toda el alma agradecido a su recuerdo.

Tendré mucho gusto en enviarle lo que me pide para los cuatro vientos, pero no podré hacerlo tan pronto como yo quisiera. Tengo muy poco inédito. Envié unas páginas a mis paisanos de Mexico, otras, a América. Solo me quedan viejas de mi inexperiencia, ripios del siglo pero no de ninguno de aquí mañana. Pero yo haré algo para Vd. que espero le de alcance en breve. Ninguna confusión se debe Vd. temer por mi parte, porque no es cierto que yo encabece nada, donde hay tantos caballeros mejores que la mía.

Muy feliz me siento, tan ampliamente agradecido, por los elogios con talento. Mas creo que debieran Vd. — los jefes de la nueva escuela poética — tedriar el genio profundo de escepsis de la generación, ya que la crítica aun la más entusiasmada, espera deseo de Vd. cosas que no descubrimos el enigma entero.

Mucho afecto el mantiene fiel.

Me cuenta siempre a su lado y ruego amigo

Antonio Machado

Sr. Jorge Guillén Granada.

Carta de Antonio Machado a Jorge Guillén

...quien habla solo espera hablar a Dios un día...

Collioure: nicho donde reposan los restos de Antonio Machado

EL SIGLO XIX

EL racionalismo cartesiano tuvo, en las postrimerías del siglo XVIII, su conversión popular al absurdo en el culto de la diosa Razón. Esta guerra europea es el fruto maduro de la superstición ochocentista. El siglo XIX, bajo sus dos modos ideológicos: romanticismo y positivismo, ha sido esencialmente un siglo activista, pragmático. La razón se hace mística o agnóstica, todo menos racional, y ya no vuelve a levantar cabeza. El culto de la razón crece como un gran río, hasta salirse de madre. Goethe formuló, con la anticipación propia del genio, la fe de nuestros días: en el principio era la acción. El homúnculo activo salido de las redomas de Wagner, el estudiantón, es el soldado de esta guerra grande, un creyente en la diosa Acción y en la radical acefalia del mundo.

Algunos pretendidos filósofos se jactan hoy de novecentistas, y pretenden haber superado el ochocientos, profesando esa filosofía de mercaderes que llaman pragmatismo. Pero el pragmatismo es lo que llevaba en el vientre el siglo XIX, lo específicamente ochocentista.

LIEBNIZ Y SCHOPENHAUER

SON dos poetas, autores de dos poemas de gran estilo. De filósofos tienen los dos muy poco; ni uno ni otro tuvieron la severidad del pensar, ni en la lectura de sus obras encontramos la emoción de lo verdadero, porque pensamos al leerlos que la verdad pudiera ser lo contrario de lo que cada uno de ellos afirma. Y es que la verdad de estas metafísicas no es filosófica, sino poética, es la expresión integral del alma de dos épocas.

Estos dos hombres, jocundos y creadores, rebosantes de vitalidad, han sido dos antípodas del pensamiento. Para Leibniz, el ser pensante, ente de la razón, está esparcido por todo el universo, no hay rincón del mundo que no albergue una conciencia. En Schopenhauer el mundo alcanza la máxima opacidad, es todo él ceguera, acefalia, impulso ciego. Para Leibniz lo elemental es el espíritu, su átomo es un ojo que ve y aspira a ver más: la mónada que se basta a sí misma, ojo, luz e imagen en una misma realidad integral. Para Schopenhauer la esencial realidad es la voluntad, de la cual nada podremos decir, porque esta voluntad es *en principio,* no hay categoría intelectiva que le apliquemos para definirla, ni posición teórica desde donde podamos intuirla, de ella ha brotado el mundo de la representación, el sueño lúdico, la vana apariencia

en que se ahoga la conciencia humana. Si de algún modo se nos revela —en nuestro yo, donde el velo de malla alcanza alguna transparencia— es como dolor, ansia de no ser, apetencia de nirvana y de aniquilamiento de la personalidad. El ser y el pensar llegan en Schopenhauer al más completo divorcio; en Leibniz y Spinoza habían celebrado sus bodas de oro. En corto espacio de tiempo se dan dos metafísicas, que suponen dos creencias de raíz opuesta; la fe en la iluminación del mundo, en la total concientización del universo, y la fe, no menos arbitraria, en su total acefalia.

Nosotros hemos vivido el poema de Schopenhauer, con música de Wagner —y Niezsche, *claqueur* primero, y luego reventador—, y envidiamos a nuestros abuelos que vivieron el poema de Leibniz con música, algo tardía, de Mozart. No hemos de lamentarlo demasiado. También nuestro siglo alcanzará el prestigio de lo pasado, el que hoy tiene para nosotros el siglo de las pelucas, las casacas y las cornucopias.

Es evidente que la obra de arte aspira a un presente ideal, es decir, a lo intemporal. Pero esto de ninguna manera quiere decir que pueda excluirse el sentimiento de lo temporal en el arte. La lírica, por ejemplo, sin renunciar a su pretensión a lo intemporal, debe darnos la sensación estética del fluir del tiempo. Es precisamente el flujo del tiempo uno de los motivos líricos que la poesía trata de salvar del tiempo, que la poesía pretende intemporalizar.

Porque esto no se comprende, se han hecho objeciones un poco inocentes o mi estética de la lírica.

Schopenhauer o Nietzche, filósofos del siglo XIX.

Leibniz, filósofo del porvenir.

"EL CONDENADO POR DESCONFIADO"

Este artículo fué escrito el día 11 *de octubre de* 1924, *víspera del estreno, en el Teatro Español de Madrid, de la refundición del drama* El condenado por desconfiado, *de Tirso de Molina, realizada por Antonio en colaboración con su hermano Manuel y J. López. Por causas desconocidas, el trabajo no llegó a publicarse.*

VA para cuatro siglos que un fraile de la Merced, el maestro Tirso de Molina, dió a la escena patria la obra que, con muy escasas supresiones y ningún añadido, ha de representarse mañana en el Teatro Español.

El condenado por desconfiado es un drama religioso, del cual ha podido decir don Marcelino Menéndez y Pelayo: "De la rara conjunción de un gran teólogo y de un gran poeta en la misma persona pudo nacer este drama único, en que ni la libertad poética empece a la severa precisión dogmática, ni el rigor de la doctrina produce aridez y corta las alas a la inspiración, sino que el conjunto dramático y el concepto transcendental parece que se funden en uno solo, de tal modo que ni queda nada en la doctrina que no se transforme en poesía, ni queda nada en la poesía que no esté orgánicamente informado por la doctrina."

Reparemos en que el drama religioso —religioso a la española, católico a machamartillo— es, acaso, la creación más representativa de nuestro teatro nacional. Tal es, al menos, la opinión más autorizada. Reparemos también en que este género de drama, tan profundamente español, ya ni se escribe ni se representa en España. ¿Será porque, aun conservándola no gustamos de verla reflejada en escena? Esto equivaldría a haber perdido nuestro teatro. Cabe también que sea equivocado el supuesto de que hemos partido y que yerre la crítica más venerable cuando diputa el teatro religioso, creación esencial de nuestra dramática. Todo ello podría averiguarse si la crítica histórico-literaria, que ya tenemos —léase el admirable estudio que al *Condenado por desconfiado dedicó* don Ramón Menéndez Pidal—, trabajase de acuerdo y al servicio de una crítica filosófica, que ya entre nosotros alborea. Mientras llega el día, más o menos remoto, en que esta labor se realice, cabe intentar una modesta y útil experiencia. Por ella, a nuestro juicio, debe comenzarse. Averigüemos si la obra que apasionó a nuestros abuelos del siglo XVII, en sus comienzos, conserva para nosotros, hombres del siglo XX, algún valor emotivo, si es capaz todavía de cautivar nuestra atención y de movernos al aplauso.

Esta experiencia que los actores del Teatro Español, los insignes Calvo y Muñoz, y los refundidores intentarán mañana, es, en cierto modo, una aventura no exenta de peligro. La obra será representada sin añadidos, ornatos ni rellenos. Se respeta el original del maestro Tirso, y se pretende de él que cautive al público actual, cuyos hábitos sentimentales siguen los cauces de la dramática moderna, muy apartada de nuestra dramática del Siglo de Oro. Si *El Condenado por desconfiado*, el drama del hombre que se condena, que se hunde, literalmente, en el infierno, fuese no más que el fruto venerable de una sensibilidad enteramente proscrita, de la experencia de mañana sólo podrá esperarse un resultado negativo. No es obra viva, sino mero documento literario, la obra

dramática que ha perdido su público. No estaba injustamente proscrita de la escena; bien yacía en el libro aguardando la curiosidad del erudito, del investigador histórico, del lector paciente y reflexivo.

Pero si, como nosotros sospechamos, Tirso de Molina, poeta y teólogo, era, más que teólogo, poeta, seguramente no sacó el drama de su teología, sino del sentimiento religioso, vivo en el alma de su pueblo y sin el cual ni se hubieran encendido las disputas doctorales que dividieron a jesuítas y dominicos, ni hubiera él mismo —Fray Gabriel Téllez— aprendido teología. En este caso, *El condenado por desconfiado,* drama religioso a la española, no puede haber perdido actualidad. No se extingue ni cambia de orientación en cuatro siglos el sentir religioso de un pueblo. Ahondando en nosotros mismos, encontraremos la fuente de donde brotó la obra del poeta.

Tal pudiera ser el resultado más feliz de la experiencia que ha de realizarse mañana. No era el teatro religioso el que había perdido su público, sino el público el que había, en parte perdido su teatro. Y entonces no se trataría ya de resucitar lo muerto, sino —¡atención, autores!— de continuar lo vivo.

SOBRE LITERATURA RUSA

En el siglo XIX la literatura rusa influye en todas las literaturas europeas, sin excluir a la española. Las obras de Turgeniev, de Dostoievski, de Tolstoy —cito no más los nombres más egregios— serán para muchos de vosotros, no sólo conocidas, sino familiares. Podemos preguntarnos: ¿Qué debe la moderna literatura europea, y dentro de ella la española, al genio creador de Rusia? ¿Qué es en literatura lo específicamente ruso?

Las lenguas eslavas —perfectamente ignoradas en España— no son todavía de uso corriente en la Europa culta. La producción literaria rusa nos es conocida por traducciones no siempre directas, frecuentemente incompletas, defectuosas muchas veces. Anotemos este hecho. Porque todos sabéis que traducir una obra es someterla a una dura prueba, y traducirla mal es casi borrarla. Al pasar de una lengua a otra sólo se salvan los más altos valores literarios. De toda la rica producción española ¿cuántas obras han logrado la estimación universal? Las *Coplas,* de don *Jorge Menrique; La Celestina, El Quite, La vida es un sueño* y *El burlador de Sevilla;* acaso la poesía de Góngora; seguramente las obras de nuestros místicos más excelsos. Todo lo demás es literatura para andar por casa; no puede pasar la frontera. Y es que los adornos, gracias y matices que pone en su obra

el habla del poeta se amenguan, marchitan y corrompen cuando se les trasiega y vierte en otros moldes lingüísticos. Sólo si una obra contiene valores esenciales hondamente humanos y una sólida estructura interna, puede —aun disminuída por la traducción— ser admirada en lengua extranjera. Tal calidad pudiera tener la novela rusa. Traducida, y mal traducida, ha llegado a nosotros. Sin embargo, decidme los que hayáis leído una obra de Turgueniev —*Nido de hidalgos*—, o de Tolstoy —*Resurrección*—, o de Dostoieski —*Crimen y castigo*—, si habéis podido olvidar la emoción que esas lecturas produjeron en vuestras almas. Yo os daría por docenas novelas de ilustres autores contemporáneos, muchas de españoles, seguro de que habríais de devolvérmelas después de ojear sus páginas con hastío. Y todo cuanto hay en vosotros de humano vibra hasta la raíz y se conmueve por la magia de una obra que fué, acaso, vertida del ruso al alemán, del alemán al francés y del francés al misérrimo español de un traductor catalán, que trabajó a peseta por página (y no creáis que exagero al mostraros esas escalas de degradaciones literarias, porque hasta hace muy pocos años no han circulado entre nosotros sino versiones de esta índole), decidme: ¿qué riqueza estética no hemos de asignar a esta obra en su fuente originaria, en la lengua rusa en que fué pensada y escrita?

Universalidad, creo yo, es la primera excelencia que hemos de señalar en la literatura rusa, sentido de lo íntegramente humano, porque sólo este valor esencial puede sufrir la ruda prueba que hemos descrito.

Pero el decir universalidad hemos dicho demasiado y no suficiente. ¿Qué suerte de universalidad es ésta que asignamos a los libros rusos? Por la razón se define al hombre: ente de razón le disputan las escuelas filosóficas intelectualistas desde Platón a Descartes. Es la razón la facultad de los conceptos generales, de las ideas; en ellas hay una forma de universalidad. Pero no es ésta

la que descubrimos en los libros rusos, muchos de los cuales nos parecen a veces fruto de la misma locura.

La razón humana será un don divino —yo no lo dudo—, pero tuvo que ser inventada, descubierta por el hombre mismo; ser el fruto bien maduro de una experiencia, que algunos pueblos no han realizado plenamente todavía. Fué en Grecia,, y en la divina Atenas, cien veces sagrada, donde el hombre descubre y se adueña de su propia racionalidad por el hábito de pensar en común: al amparo de las democracias helénicas, los ciudadanos convierten el pensamiento en un hábito social, en una actividad de ágora, de plaza pública. El hombre libre opina, discute, polemiza, conversa, dialoga, contrasta su propio pensar con el de su prójimo y averigua por sí mismo —no acepta como dogma— que las normas y categorías de su entendimiento no son individuales, sino específicas, que revelan la común estructura del espíritu humano, y que, por ello, hay verdades a que todos los hombres pueden elevearse porque son el fruto del pensar de todos: que existe una objetividad. Tal fue el resultado, más tarde, de la mayéutica socrática, del arte de partear espíritus, la gran conquista del genio helénico realizada plenamente cuando la actividad del ágora pasó al jardín de Akademos, donde disertaba el divino Platón.

Pero el pueblo ruso, sometido hace años al imperio despótico de los zares, sin hábitos de ciudadanía, sin libertad política, no ha conocido aún, como tal pueblo, esta forma de eucaristía; la comunión en las ideas; no ha socializado aún su pensamiento, ni alcanzado la dialéctica, cuyo fruto tardío es la pura especulación filosófica. Buscaréis en vano un gran nombre ruso en la historia de los grandes sistemas de ideas. Falta hoy a Rusia metafísica propia, y una de las causas del fracaso de su gran revolución acaso sea el desmedido tributo que las mentalidades directoras de Rusia rinde necesariamente al pensamiento alemán, al determinismo económico de Carlos Marx.

Pero hay otra forma de universalidad que no la expresa el pensamiento abstracto, que no es hija de la dialéctica, sino del amor, que no es fuente helénica, sino cristiana; se llama fraternidad humana, y fué la gran revelación de Cristo.

El viejo testamenta no es todavía un libro íntegramente humano y mucho menos divino; Jeveh es un Dios guerrero y nacional, tutor o guía de un pueblo elegido a través de la historia. Este pueblo apenas conoce otro valor que el genésico. Para el hebreo la castidad es sólo virtud en cuanto encauza el impulso genésico y asegura la prole. El hebreo repudia la mujer estéril y exalta al patriarca, al semental humano. No ya en el sentido trascendente ni aun siquiera en el familiar es el amor fraterno una exigencia ética. El amor no rebasa apenas las fronteras de la animalidad, cabalga sobre el eros genesiaco, y no ha tomado aún la línea transversal, no es de hermano a hermano, sino de padre a hijo. El imperativo de la castidad aparece en el Evangelio con una significación completamente distinta. Castidad es ya superación, no aniquilamiento del sentido biológico del amor. Tregua de sexualidad prolífica que haga posible la honda revelación del amor fraterno y la comunión cordial y el reconocimiento de un padre común supremo garantizador de la hermandad humana.

En la idea, dice el pensamiento platónico, hay siempre un punto de vista y al par un límite del pensar humano. Donde haya un hombre, nos dice el Cristo, allí está la humanidad entera. El pensamiento del hombre pretende vanamente anclar en lo absoluto, más las ideas trascendentales, inasequibles como las estrellas que nunca podremos alcanzar, las ideas nunca realizadas orientan la mente humana, sirven también como las estrellas para navegar, nos guían en la ruta nunca terminada del conocer. El corazón del hombre, nos dice el Cristo, con su ansia de inmortalidad, con su anhelo de perfección moral, con su sed de amor nunca saciada, tiene ante sí también un camino infinito hacia la suprema inasequible

perfección del Padre. Y este ansia,esta sed que tú, hombre, descubres con sólo mirar a tu propio corazón, es la de todos los hombres. Los que ayer comulgastéis con las ideas bajo los pórticos de Atenas, los ciudadanos libres, cuya vida entera reposa sobre el trabajo de los esclavos, no habéis comulgado aún con los corazones. Lo que vosotros llamáis simpatía —recordad la bella frase de Eurípides en su *Antigoma*—, es cuando más compasión, sufrimiento común, dolor pasivo, fatal, impuesto por los dioses; no es todavía libre tarea de los corazones, fraternidad humana.

Los pueblos de cultura integral, los herederos de la civilización helenó-cristiana, saben de ambas formas de universalidad, porque pasaron por la doble experiencia histórica de las luchas políticas y religiosas. De entre ellos no podemos excluir a Rusia, pero el más superficial conocimiento de su historia nos muestra su enorme atraso político y social. Mas su literatura en cambio, nos revela cuán profudamente ha penetrado el Evangelio en el alma rusa. El despotismo oriental de sus emperadores, desde Juan el Terrible hasta nuestros días, condenó a la incultura y al sufrimiento a casi toda la población eslava, al pobre campesino, al mujik triste, vacío de ideas y lleno de supersticiones, al mujik que no conoce aún la vida social y cuyo corazón, como la tierra empedernida por el hielo en que sufre y trabaja, es el fruto de esta misma cruel tiranía, y sólo encierra el odio, el miedo y la desesperanza. Y los poetas rusos, los novelistas, los pensadores, la aristocracia intelectual nacida casi toda ella en la clase noble, al mirar a su patria sólo encontró un tema realmente ruso; el dolor humano. Un sentimiento de piedad impregna toda la moderna literatura rusa. Desde Puchine y Lermontof, muertos trágicamente en los primeros años del siglo XIX, hasta Chejof y Gorki, nuestros contemporáneos, los libros rusos contienen estas dos notas esenciales: 1ª Una falta de coherencia lógica, y, si queréis, una lógica extraña al

genio de occidente, sobre todo, al genio latino. El Vizconde Melchor de Vogüe, en un reciente trabajo sobre la obra inmortal de Fedor Dostoievskl. *El Idiota*, dice estas o pareceidas palabras (citó de memoria): "El rasgo dominante que diferencia los personajes de esta obra, de aquellos a que estamos habituados en nuestra novela, es su falta de disciplina mental. Un buen latino domina, o cree dominar su razón; no duda del poder que posee para dirigirla, encauzarla y convertirla en una fuerza siempre sumisa. Entre los rüsos de Dostoievski esta fuerza parece indisciplinada, su pensamiento es como un resorte que no obedece a la voluntad del mecánico, procede por saltos bruscos con súbitas transiciones del llanto a la risa. Y este pensamiento es además complicado y sutíl; algunas frases sencillas en apariencia, ocultan una docena de intenciones equívocas". Y es natural, el pensamiento ruso no es pensamiento de polemistas, de dialécticos, de razonadores ni de filósofos especulativos; es pensamiento ascético, místico, solitario; no es lógica, sino intüición.

2ª. Esta tendencia colectiva, marcadamente irracionalista o insuficientemente racional, que nos desconcierta en la novela rusa, creadora de tantos extraños personajes, que viven y se agitan como en un mundo de pesadilla, se compensa ampliamente con esa otra tendencia hacia los universales del sentimiento; ansia de inmortalidad, piedad hacia los humildes, justicia, cristianismo en suma. Se diría que el ruso ha elegido ün libro, el Evangelio, lo ha puesto sobre su corazón y con él y sólo con él pretende atravesar la historia.

¿Recordáis alguna novela de León Tolstoy? Es Tolstoy sin duda, la síntesis del alma rusa. Su obra es además la que mejor conocemos en España. Traed a la memeria alguna página del *Príncipe Delhi*, de *La guerra y la paz*, de *Resurrección*, y evocad sus personajes centrales. Son hombres y müjeres siempre en pugna con las normas del mundo, siempre inquietos y descontentos de sí mismos, pero siempre también, buscando a su pró-

jimo para curarle de sus dolores, para aliviar su miseria. Les preocupa —como a nuestro agregio Unamuno— el problema esencial, el del último destino del hombre (recordad la hermosa muerte del príncipe Andrés en *La guerra y la paz*); dudan, vacilan, como dudan y vacilan las almas sinceras y profúndas, siempre divididas en sus entrañas; pero siempre se diría que alcanzan a ver una luz interior reveladora de la suprema esperanza. Su religiosidad es mística, porque busca a Dios por el camino del amor. Su misticismo es cristiano, de combate íntimo, activo, dinámico.. no pasivo, contemplativo y panteístico a la manera oriental. Estos hombres y estas mujeres, estos personajes de la obra de Tolstoy, se aman y se desean con amor humano, apasionado, violento a veces. Las pasiones desenfrenadas son frecuentes en las novelas rusas. Muchos de estos personajes son entes crapulosos y degradados. Pero yo os desafío a que me citéis una sola página rusa en que el amor carnal no esté superado por el amor íntegramente humano, en que la mujer sea exaltada únicamente como medio de placer. Lo que llamamos pornografía, esa baja literatura que halaga no más la parte inferior del centauro humano, es algo muy ajeno al alma rusa. Cuando pasamos de la novela francesa —más o menos refinadamente sensual— a la novela rusa, estamos en otro clima espiritual. De Tolstoy a Anatole France —os cito al más ilustre nombre francés— hay más distancia que de la estepa rura al Jardín de Epicuro.

Y ahora podemos repetirnos la pregunta con que comenzamos esta conferencia: ¿Qué debe la moderna literatura occidental a las letras rusas? Los pueblos que alcanzaron un alto grado de prosperidad material —Francia, Alemania, Inglaterra, Italia y también un alto grado de cultura (lo uno no va sin lo otro) tiene un momento de gran peligro en su historia, peligro que sólo la cultura misma puede remediar. Estos pueblos llegan a padecer una grave amnesia, olvidan el dolor humano, su

civilización se superficializa, toma el sentido de la utilidad y del placer, olvidan esa tercera dimensión del alma humana: el fondo religioso de la vida, el sentimiento trágico de ella que dice el gran Unamuno; dejan a un lado los problemas esenciales y paralizan sin saberlo los íntimos resortes de su misma civilización. La literatura rusa ha sido un enérgico y vibrante despertador que nos desvela y ahuyenta de nosotros el sueño epicúreo.

Conferencia pronunciada en la "Casa de los Picos". Segovia 6-4-1922.

DIVAGACIONES SOBRE LA CULTURA

¿A qué debe tender el Estado futuro —dice Baroja— con más fervor? ¿A la producción de la alta cultura a o la difusión de cultura media? Acaso el deber del Estado sea en primer término, velar por la cultura de las masas, y esto, también, en beneficio de la cultura superior. No puede atenderse con preferencia a la formación de una casta de sabios sin que la alta cultura degenere y palidezca como una planta que se seca por la raíz. Pero los partidarios de un aristocratismo cultural piensan que mientras menor sea el número de los aspirantes a una cultura superior, más seguros estarán ellos de poseerla como un privilegio. Arriba, los hombres capaces de conocer el sánscrito y el cálculo infinitesimal; abajo una turba de gañanes que adore al sabio como a un animal sagrado. Por lo demás, tiene razón Baroja cuando afirma que el sabio y el artista, aunque parezcan revolucionarios, son por su instinto conservadores. Pero el Estado debe sentirse revolucionario atendiendo a la educación del pueblo, de donde salen los sabios y los artistas.

EL SIGLO XIX

A medida que el siglo XIX se aleje de nosotros iremos viendo, con creciente evidencia, que su propio trabajo, su labor específica, fué esencialmente anti-intelectualista. Kant, con su crítica de la razón teórica, corta las alas al pensar metafísico, mostrando la capacidad de la mente humana para toda construcción ideológica que no sea mera estructuración y ordenamiento de la experiencia sensible. De los epigonos de Kant, sólo uno, Schopenhauer, continúa su obra creando un nuevo tipo de metafísica. Lo decisivo de Schopenhauer es su concepto del ser como voluntad, en completo divorcio con todas las categorías del pensar. Aquí aparece ya desembozadamente la nueva fe del siglo, la nueva metafísica, puesto que toda metafísica es la expansión de una honda creencia. Reparemos que entre Kant y Schopenhauer la distancia es mayor, la diferencia es más honda de lo que suele afirmarse. Aunque toda la filosofía de Schopenhauer pudiera, por su contenido conceptual, considerarse como una consecuencia dialéctica del pensar kantiano, hay algo nuevo en ella que acusa la aportación de un muy otro espíritu: la fe en un ciego dinamismo, en una potencia oscura, acéfala, que constituye lo real mismo, la esencia metafísica de nuestro ser, y cuya expresión simbólica —ya que directa no la tiene— no puede hacerse en términos de razón, sino de voluntad. Ya no es el hombre un ente de razón, sino un ser volente; la nueva fe en una *realidad distinta* empieza a revelarse al hombre del ochocientos con un latido nuevo que le lle-

ga de las raíces del ser. Allí, en esas raíces, siente o cree sentir que no está la razón, sino la ciega voluntad cósmica de que es parcial manifestación su querer individual. Para Kant es todavía la razón —no obstante su crítica limitativa— el más hondo cimiento de lo real.

EL GRECO

El Greco no tiene, en el fondo, afinidad alguna con los venecianos. En cambio, es un continuador de Miguel Angel. La fuerza que padecen los cuerpos miguelangelinos, dominada por el ideal clásico renacentista, hace explosión en el Greco. Véase la *Resurrección* en el Museo del Prado. Es pintura explosiva. Pero el barreno lo puso Miguel Angel.

HETEROGENEIDA DEL SER

Apuntes para una teoría del conocimiento. espacio y tiempo

EL espacio considerado como medio vacío, homogéneo, en el cual se dan las cosas, es una seudo-representación. Si suprimiéramos de nuestras representaciones todas las imágenes y todos los recuerdos de objetos exteriores, suprimiríamos al par el espacio. Es falsa la suposición de un espacio sin cuerpos. La noción de espacio es *abstraída* de los objetos, de los cuerpos extensos. Kant se equivoca cuando en su Estética trascendental sostiene que podemos representarnos un espacio sin objetos. Pero aunque esto fuera cierto, esa representación no sería nunca una representación necesaria *a priori*.

Un tiempo sin hechos, sin acontecimientos, sin historia, es inconcebible. Sin sucesión de movimientos, sin vicisitudes, casos, sucesos, no hubiéramos nunca podido hablar de tiempo. Ni el tiempo ni el espacio son nociones que puedan formarse apriorísticamente. Desde el punto de vista psicológico, el propio Kant no lo hubiera sostenido nunca. Creemos que aun desde el punto de vista lógico es también insostenible. Tiempo y espacio, formados a *posteriori*, carecen de sentido cuando se les considera en abstracto; son seudo-representaciones; no se refieren a objeto alguno; son negaciones de objetos.

Pero estas dos nociones negativas, seudo-representaciones tiempo y espacio, son propias (¿necesarias?) del mecanismo de nuestro pensar. Tiempo y espacio, como

medios vacíos de cuerpos o de acontecimientos, tienen un valor negativo o, como veremos, limitativo, y provienen de la radical heterogeneidad del ser. Siendo el ser vario (no *uno*), cualitativamente distinto, requiere del sujeto, para ser pensado, un frecuente desplazamiento de la atención y una interpretación brusca del trabajo que supone la formación de un precepto para la formación de otro. Las nociones correlativas de cambio y de límite engendran las seudo-representaciones de espacio y tiempo. Tiempo y espacio como seudo-representaciones, es decir, como hechos de conciencia sin objeto exterior, son privilegios de los más altos grados de conciencia, goznes sobre los cuales gira el pensamiento, y merced a los cuales tiene éste le necesaria independencia para poder actuar sobre las cosas.

Mediante la seudo-representación espacio-homogéneo podemos inhibirnos de la intuición externa, suprimiendo los objetos corpóreos. Mediante la seudo-representación tiempo-homogéneo reposa nuestra vida psíquica de su devenir, suprimiendo el contínuo acaecer (esta supresión ha de entenderse como inhibición).

Tiempo y espacio son dos instrumentos de objetividad. ¿En qué sentido? Entendemos por objetividad los puntos de coincidencia del pensar individual (del múltiple pensar individual) que forman el pensar genérico, la racionalidad. La objetividad supone una constante *desubjetivación,* porque las conciencias individuales no pueden coincidir en el ser, esencialmente vario, sino en el *no ser.* Llamamos *no ser* al mundo de las formas, de los límites, de las ideas genéricas y a los conceptos vaciados de su núcleo intuitivo, al mundo cuantitativo, limpio de toda cualidad. Sin el tiempo y el espacio, el mundo ideal, hecho de puras negaciones, sería inconcebible, como dice Kant, sería imposible la ciencia matemática.

APUNTES SOBRE PIO BAROJA

GOETHE definía el caso de Werther como el de un hombre ingenuo y apasionado que no puede adaptarse a las estrechas normas de un mundo anticuado. El Luis Murguía de *Pío Baroja* es —según él *mismo* nos declara — un hombre ingenuo cuyos ensayos eróticos fracasan en una época de apocamiento y decadencia.

Entre Werther, suicida por amor, y Luis Murguía, el resignado por refliexión y vegetarianismo, está el protagonista de las novelas de Stendhal, el sádico mozalbete, el chulo afortunado, nexo erótico entre una aristocracia diezmada por la guillotina y socialmente decaída y la burguesía con zapatos nuevos, emancipada y ascendente. El Luis Murguía de Baroja tiene, a mi juicio, una secreta vocación standhaliniana; el impulso erótico de la burguesía post- revolucionaria no se ha extinguido en él, pero le falta alegría fisiológica, le sobra reflexión y desconfianza de sí mismo. Ha nacido al declinar el mundo burgués, en época de cansancio y agotamiento de una clase que vive ya en actitud defensiva y en la cual todo napoleonismo —aún el simplemente erótico— se hace imposible.

La última promoción literaria señala en las novelas de Baroja algo de lo que le falta; invención, esmero en la forma, ingenio para combinar efectos y aventuras, etc. Pero nadie, que yo sepa, ha señalado lo que Baroja tiene sobre todos sus contemporáneos españoles. Con Baroja, el hombre europeo del siglo XIX es, por vez primera, héroe de novela española. Por eso las novelas de Baroja son los únicas que no se nos caen de las manos.

En él encontramos el culto de la acción, no exento de superstición, y, como problema dilecto de sus meditaciones, el conflicto entre el pensar y el querer. El personaje central de las novelas de Baroja suele ser un intelectual decididamente anti-intelectualista, que echaca su fracaso en la vida, su insuficiencia biológica y aun su propia inexistencia, a sus hábitos de reflexión.

El hombre de las novelas de Baroja piensa con su siglo. ¿Es un romántico? Si por romanticismo entendemos aquella corriente sentimental que reacciona contra el racionalismo cartesiano, seguramente Baroja es un romántico. Su filosofía dista mucho de concebir al hombre como ente de razón.

La filosofía moderna ha ido progresivamente, desde Rousseau a nuestros días, mermando los fueros de la racionalidad hasta constituir en centro de nuestro universo a una potencia mística —sentimiento, voluntad, vitalidad, acción—. La influencia de Schopenhauer y la interpretación schopenhaueriana de Kant parece decisiva en Baroja. Lo real es la voluntad, una potencia ciega, inasequible al conocimiento, que se crea una representación, no sabemos por qué ni para qué. Esta representación es apariencia ilusioria y está divorciada de lo real, por cuanto el ser la cosa en sí es, por definición, otra cosa que conciencia: es *voluntad.* La filosofía kantiana toma en Schopenhauer un rumbo decididamente irracionalista. Kant nos da —aunque en verdad de una manera equívoca— una limitación de lo real al campo de lo fenoménico y a las formas y categorías subjetivas, sin pretender por ello hacer del conocimiento una apariencia vana. Pero en Schopenhauer, tiempo, espacio y casualidad estarán necesariamente divorciadas de lo real. El equívoco kantiano, que pretende superar Hegel con su panlogismo, crea el irracionalismo y aun el absurdo latente en la metafísica de Schopenhauer.

La realidad es una potencia ciega, acéfala; poco podríamos con fundamento decir de ella, por cuanto ella es *lo primero,* lo elemental o indefinible, *lo creador* del mundo de la representación, del sueño lúdico en que vi-

vimos sumergidos. Nuestra representación no podrá servirnos —si pensamos lógicamente— para penetrar en lo real. Nuestra coincidencia con lo real no puede expresarse en términos de conciencia. Ser es querer, ser parte de la voluntad cósmica. La filosofía de Schopenhauer nos llevaría lógicamente a suponer la divergencia y heterogeneidad esencial entre el pensar y el querer, entre realidad y apariencia, entre fenómeno y noúmeno. Un paso más, y el hombre se sentirá desintegrado del mundo real, con las raíces al aire y tanto más sumergido en un vano sueño cuanto mayores sean sus hábitos de pensamiento, cuanto más espeso sea el velo de malla de su conciencia. El hombre real será un ser volente y acéfalo, y el hombre pensante (el ser) que lleva a remolque un vano soñador.

Que la vida sea valorada negativa o positivamente, con Schopenhauer o con Nietzsche; la de en un vivir acéfalo, ajeno a todo equilibrio viril y a toda dignidad clásica, no ha cesado de acompañar al hombre moderno. Este ser volente, sensible o simplemente activo, mira a la inteligencia como un mero accidente que, es un estorbo, o bien, al uso americano, como humilde *ancilla voluntatis,* mero instrumento de una actividad de negociante. Por fortuna, al homúnculo activo —no al romántico, precisamente— parece quedarle ya muy poco para ganarse la ciencia absolunta. Entre tanto, los héroes de Baroja decoran, con su intelectualismo convicto de fracaso, un despacho de aventureros malogrados o —como el caso de *La sensualidad pervertida*— de Don Juanes pochos y, naturalmente, poco afortunados.

COCHEROS LOCOS

¿FUE Afredo de Vigny quien dijo de los políticos que no merecían, por el hecho de gobernar bien o mal, mayor loa y censura que los cocheros por conducir hábil o zurdamente sus carruajes? Tal vez fué de Vigny, aunque no lo recuerdo bien. Descartemos cuanto haya en estas palabras de excesivo menosprecio para los políticos y para los cocheros, según casos y pueblos. Reconozcamos *una parte de la razón en la boutade* del poeta,, y olvidemos cuanto ella supone de incomprensión de la vida política. Basta de elogios descomedidos y de censuras melancólicas para gentes tan de escaleras abajo en el orden espiritual como políticos y cocheros. Si el auriga sabe su oficio, sigamos con él y paguémosle puntualmente su salario. Si guía mal, habrá que despedirlo. Porque dentro de su coche vamos todos. Más ¿qué haremos con un cochero loco o borracho que nos lleva a galope y alegremente al precipicio? Habrá que arrojarlo a la cuneta del camino, después de arrancarle por la fuerza las riendas de la mano. Revolución se llama a esta fulminante jubilación de cocheros borrachos. Palabra demasiado fuerte. No tan fuerte, sin embargo, como romperse el bautismo.

MI DULCE CAÑA

NO recuerdo bien en qué época del año se acostumbra en Sevilla comprar a los niños cañas de azúcar, cañas dulces; que dicen mis paisanos. Más sí recuerdo que, siendo yo niño, a mis seis o siete años, estábame una mañana de sol sentado, en compañía de mi abuela, en un banco de la plaza de la Magdalena, y que tenía una caña dulce en la mano. No lejos de nosotros pasaba otro niño con su madre. Llevaba también una caña de azúcar. Yo pensaba: "La mía es mucho mayor". Recuerdo bien cúan seguro estaba yo de esto. Sin embargo, pregunté a mi abuela "¿No es verdad que mi caña es mayor que la de ese niño?". Yo no dudaba de una contestación afirmativa. Pero mi abuela no tardó en responder, con un acento de verdad y de cariño que no olvidaré nunca: "Al contrario, hijo mío; la de ese niño es mucho mayor que la tuya". Parece imposible que este trivial suceso haya tenido tanta influencia en mi vida. Todo lo que soy —bueno y malo—, cuanto hay en mí de reflexión y de fracaso, lo debo al recuerdo de mi caña dulce.

Escrita esta nota, pregunto a mi madre por la época del año en que los niños de Sevilla chupan la caña de azúcar. "Es en Pascua —me dijo—, en la época de las batatas y los peros". También caigo ahora en que las cañas de azúcar deben venderse y chuparse en muchas localidades de España. Pero la Sevilla de mis recuerdos estaba fuera del mapa y del calendario.

Compárese esta primera versión de "Mi Caña dulce" con la publicada en "Juan de Mairena".

EL HIJO DE BECQUER

El señor Noya me habló del hijo de Gustavo Adolfo Bécquer y me enseñó una carta suya, escrita en Fez, en que se decía jefe de la caballería de Muly Hafet. Según Noya, en efecto, el hijo de Bécquer había huído de España, y en Marruecos, donde hizo una vida aventurera, llevaba ya muchos años.

LOS COMPLEMENTARIOS

¡Qué difícil es
cuando todo baja
no bajar también!

EMPLEO a veces las palabras fuera de su recto sentido, a conciencia de mi error.

Las aliteraciones de que mis versos están llenos son inconscientes; no responden al trivial propósito de producir un efecto musical, que sería, por lo demás, en mi caso, siempre negativo. Pero no he querido nunca corregirlas, pues donde hay aliteraciones suele haber también riqueza de imágenes. Sólo recomiendo no leer nunca mis versos en alta voz. No están hechos para recitados, sino para que las palabras creen representaciones.

En mis libros suelen ir las composiciones en su primera forma, y las composiciones corregidas están, a veces, publicadas antes en periódicos o revistas.

Sólo inconsecuencias y errores superficiales pueden corregirse.

Lo esencial en arte es siempre incorregible.

Un defecto no es un descuido, sino una limitación.

La mayor tortura a que se me puede someter es la de escuchar mis versos recitados por otro.

Hay dos maneras de corregir: una es borrar; otra, hacer de nuevo.

Sólo publico para librarme del maleficio de lo inédito.

Y para no volver a acordarme de lo escrito.

Nunca estoy más cerca de pensar una cosa que cuando he escrito la contraria.

Toda composición requiere, por lo menos, diez años para producirse.

Cuando un poeta teoriza sobre poesía, puede decir cosas muy verdaderas, pero nunca dirá nada justo de sí mismo.

Hay dos modos de crítica: la inventiva y creadora, que ve lo que hay, y la negativa, que ve bien lo que falta.

Arte es realización. Por eso la buena intención fracasada, el propósito no logrado, pueden condenarse. Pero el poeta puede reírse de la crítica, cuando señala fracasos con relación a propósitos que ella inventa o supone.

Los espíritus malévolos hacen siempre crítica mezquina, calumniosa.

*

Ruego a Dios nos traiga pronto a Don Miguel, antes de que en París nos lo crucifiquen.

Temo mucho —¡ojalá me equivoque!— que Unamuno encuentre París más desierto que Fuenteventura.

Que el Señor lo acompañe.
Que el Señor lo acompañe.
Que el Señor lo acompañe.

De franceses y de Chiriguos libra, Señor, a nuestro Don Miguel.

*

EL YO.—Aquello de que no sé nada más que esto: que es una actividad pura y nunca reflexiva. Lo que nunca es objeto de conocimiento. El ojo que ve y que nunca se ve a sí mismo.

EL MUNDO NOUMÉNICO.—Aquello de que tampoco sé nada. Mero supuesto lógico de cosas que estarán en relación unas con otras, sin mantener ninguna relación conmigo.

EL MUNDO DE LA CIENCIA.—El mundo de objetos descoloridos, descalificados, producto del trabajo de la desubjetivación del pensamiento. Mucho de las relaciones cuantitativas. No tiene de objetivo sino la pretensión de serlo.

EL MUNDO DE MI REPRESENTACION COMO SER VIVO.—Es el mundo de las cualidades, el mundo fenoménico propiamente dicho, producto de la reacción del sujeto consciente ante lo real, o de la respuesta de lo real al chocar con el sujeto consciente.

EL MUNDO DE LA REPRESENTACION DE LOS OTROS SUJETOS CONSCIENTES.—Este aparece, en verdad, englobado en el mundo de mi representación; pero dentro de él se le reconoce por una vibración propia; son voces que distingo de la mía y del ruido que hacen las cosas entre sí. Estos dos mundos, que nosotros tendemos a unificar en una representación homogénea, el niño los distingue muy bien, aun antes de poseer el lenguaje. El rostro que se inclina hacia él sonriente y la voz de su madre son para él muy otra cosa que los objetos que pretende alcanzar con la mano.

Sólo recuerdo la emoción de las cosas,
y se me olvida todo lo demás;
muchas son las lagunas de mi memoria.

APUNTES SOBRE DON JUAN

Don Juan no ha nacido por accidente en España. Cualesquiera que sean las complicaciones que al tema castizo añadirá la fantasía erótica y el arte de otros pueblos, lo específicamente donjuanesco nos pertenece.

Es don Juan una figura extraña de puro nuestra y, tal vez por ello mismo, refractaria al análisis. Alguien pretenderá explicarla como producto del medio social. Pero es tan elemental que escapa a toda definición.

No hay en don Juan tendencia erótica alguna de hombre civilizado, ,a no ser que exista —cosa que yo no creo— una civilización española.

No tiene don Juan el sentido mosáico del amor, puramente genésico, patriarcal. Don Juan tiene del semita el desprecio a la mujer. La mujer no es para don Juan ni siquiera un objeto de placer erótico, sino (ya lo apunta Standhal) cinegético.

Lo específicamente cristiano, el amor fraterno, revelado al mundo en la tregua del Eros gensíaco, es igualmente ajeno a Don Juan. Cristianismo es castidad, superación de la corriente genésica. Don Juan está fuera del Viejo y del Nuevo Testamento.

¿Existe en Don Juan el sentido pagano, helénico, del amor? Menos que eso. No ya Eros ni Afrodita, el mismo Priapo desdeñaría a este amador de tapadillo y encontronazo, como al más ramplón calumniador de la naturaleza impregnada de lo divino.

No parece Don Juan tampoco un hombre del Renacimiento. Hay en Don Juan un gran desdeño de cuanto en la Edad Media y albores del Renacimiento supone culto a la mujer (caballería, cortes de amor, trecento), pero nada cultural renace en Don Juan. Lo moderno en amor es cortesanía, reconocimiento en lo erótico de la persona femenina, respeto o beligerancia entre los sexos. Don Juan nada tiene que hacer en las ciudades antes de

la hora de queda. Allí donde no haya hembras esclavas y espesas celosías. Don Juan se entrega a los azares del juego y a los embates del vino y la camorra.

Tampoco hay en Don Juan la más leve vislumbre de aquella compleja enfermedad del gran ginebrino, ni chispa de la llama que abrasará más tarde el corazón de Werther. Don Juan no es clásico ni romántico.

¿Es Don Juan un refinado, un perverso, un decadente de una civilización sensual y epicúrea? Don Juan es, por el contrario, el mozo crudo de normalidad sexual nunca desmentida, caballo de buena boca, que ni conoce el fiasco ni necesita de estímulos afrodisíacos.

¿Qué es, entonces, Don Juan? Porque hasta ahora sólo vamos reparando en lo que no es.

Si dijéramos que Don Juan es —como nosotros creemos— un español, incurriríamos en las iras de muchos casticistas y de no pocos jaleadores de la Patria. Porque ya, implícitamente, hemos establecido la igualdad de estas dos razones: Don Juan es al amor lo que el español es a la cultura, a saber: un bárbaro, una X preñada de misterioso porvenir.

FRAGMENTO DE PESADILLA

Sonaron unos golpecitos en la puerta.

Me desperté sobresaltado.

—¿Quién es?

—Soy yo: el verdugo.

Por un alto ventanuco entraba la luz clara y fría del amanecer.

Apareció un hombrecillo viejo y jovial, con un paquete bajo el brazo.

—Puede usted, si quiere, dormir un poquito más; todavía no es hora... Pero si le es a usted lo mismo... Yo estoy a su disposición. Ahorco a domicilio y traigo conmigo todo lo necesario.

El hombrecillo tenía aspecto de barbero.

Yo me senté sobre un lecho duro. Miré en torno mío. ¡Que extraña habitación!

—¿A domicilio?... Esta no es mi casa.

El domicilio del preso es la celda de la cárcel.

Y el viejo sonreía afablemente.

—Pero ¿es cierto que es usted el verdugo? ¿Y me va usted a ahorcar?

—Sí; pero eso no tiene importancia; se hace todos los días. Además, hoy por tí y mañana por mí.

—Eso es lo que ya no comprendo.

—Sí; que hoy viene por usted el verdugo y mañana por mí. El verdugo es la muerte.

Me golpée el pecho con ambas manos, para ver si estaba despierto o si soñaba. Después grité:

—¡¡Soy inocente!!

—¡Oh amigo compañero (porque yo tambin soy compañero de usted, figuro en el escalafón de empleados, aunque cobro por nómina aparte), procure reportarse. Yo ahorca por las buenas. Nada de violencias... Pero póngase usted en mi caso. Si no lo ahorco a usted, me ahorcan a mí. Además, tengo mujer e hijos... Usted se hará cargo.

"En efecto —pensaba yo—, los verdugos son hombres fínos, que procuran no molestar demasiado a sus víctimas y aun captarse su benevolencia, pidiéndoles perdón anticipado por la ejecución. Esto va de veras... ¡Dios mío!"

—¿Se decide usted? Verá qué cosa tan sencilla —dijo el hombrecillo sonriente, mientras depositaba en el suelo algo envuelto en un paño negro.

Yo miraba a las paredes de la celda, húmedas y mugrientas, pintarrajeados con almazarrón. Y leí —ya sin extrañeza— algunos letreros: "¡Mírate en este espejo!", "El verdadero ahorcado huele a pescado", "Toribio, ¡saca la lengua!"

El viejecillo levantó el paño negro y descubrió un artefacto, algo así como una horma de sombrerero, colocala sobre un mástil que iba poco a poco levantándose...

Comencé a sentir un vago malestar en el estómago, que, poco a poco, se iba adueñando de todo mi cuerpo.

(¡Qué desagradable es todo esto!)

—Un metro ochenta... Basta... ¿Ve usted? —añadió—, ¡Animo! En un periquete despachamos.

Y el viejecillo me miraba sonriente, cariñoso... Yo pensaba: "Este tío es un farsante".

Mientras contemplaba el extraño aparato, mi memoria se iluminaba. Empecé a recordar... Sí; se me había acusado de un crimen. Yo arrojé a la vía, según se me dijo, al revisor del expreso de Barcelona. Un juez me interrogó; después quede procesado y preso. Cuando se vió la causa, los jurados contestaron "sí" a tres preguntas y "no" a otras tres. Se me condenó a pena capital. Yo grité: "¡Soy inocente!". Los jueces me mandaron callar con malos modos. Mientras me retiraba de la sala, conducido por dos guardias civiles, observé que los jueces conversaban de buen humor con mi abogado. Uno dijo:

—Y todo por viajar gratis, como si fuera un senador del reino.

Mi abogado hizo un chiste.

—Para el viaje que le espera, ya no necesita billete...

Lo recordaba todo, todo, menos mi viaje en el expreso de Barcelona.

—Levántese, amiguito, y procedamos a la ejecución. Si aguardamos a la hora señalada, tendré que ahorcarle a usted en el teatro con todas las de la ley.

—¡¡...!!

—Sí... Y el público es exigente; las entradas son caras —dijo el verdugo. Y añadió con malicia y misterio—: los curas las revenden.

¡Los curas las revenden!... En esta frase absurda latía algo horrible. En ella culminaba mi pesadilla.

—Sí —pensé—; estoy perdido...

Fuera de la celda sonaron pasos, voces, bullicio de gente que se aproximaba.

Se oyó una vocecilla femenina, casi infantil.

—¿Es aquí donde se va aahorcar a un inocente?

Otra vocecita, no menos doncellil:

—Y si es inocente, ¿por qué le ahorcan?

La primera vocecilla:

—Calla, boba, que ésa es la gracia.

El verdugo exclamó entonces con voz tonante que no le había sonado hasta entonces:

—Aquí se ahorca y nada más... Pase el que quiera.

Y, volviéndose hacia mí, añadió, en voz baja:

—¿Lo ve usted? Ya no hay combinación. Alto ¡Adelante, adelante!

Yo sudaba como un pollo, y repetía maquinalmente:

—Ya no hay combinación. ¡Adelante, adelante!

El verdugo abrió el pesado portón. Una multitud abigarrada llenó, en desorden la prisión. Burgueses, obreros, golfos, mujeres, soldados chiquillos... Muchos arrastraban sillas, bancos y

taburetes... Algunos traían canastos y tarteras con meriendas. Un naranjero pregonaba su mercancía.

EL HOMBRE DE LA PERILLA DE ALABARDERO.—(*Al Cura, sentado a su derecha.*) Verá usted cómo nos deja mal este verdugo.

EL CURA.—¿Qué se puede esperar de un peluquero?

EL HOMBRE.—En otro tiempo los verdugos eran hombres que sabían su oficio: ellos tejían y trenzaban la cuerda; levantaban el tablado. Algunos habían hecho largo aprendizaje en el matadero. Estos eran los que degollaban a los hidalgos.

EL CURA.—Sí; era gente ruda, pero seria. Los de hoy serán más científicos, pero...

—Señores— gritó el verdugo, dirigiéndose a la concurrencia—, va a comenzar la ejecución. ¡Arriba el sambenitado!

¡El sambenitado!... Nunca me había oído llamar así.

—Se trata, señores —continuó el verdugo—, de dar una solución científica, elegante y perfectamente laica al último problema. Mi modesto aparato...

Rumores contradictorios, palmadas, silbidos. Algunos golfos, pateando: "¡Camelos, no: camelos, no!"

UNA VOZ.—¡Viva la ciencia!

OTRA VOZ.—¡Viva Cristo!

EL HOMBRE.—(*Con voz tonante.*) ¡Fuera, gentuza!... Y silencio, en nombre del rey. (*Pausado*) El señor verdugo tiene un privilegio real para ensayar un aparato de su invención. Al reo asiste el derecho de reclamar los auxilios de nuestra santa religión, antes, naturalmente, de que se le ejecute; pero puede prescindir de ellos, si esta es su voluntad. Nuestro augusto monarca quiere mostrar a su amado pueblo, su tolerancia, su sentimiento del nuevo ritmo de los tiempos...

VOCES.—¡Camelos, no!...

EL HOMBRE.—¡¡Fuera gentuza!! y silencio, en nombre del rey.

EL CURA.—(*Aparte*) ¡Vivir para ver!

EL VERDUGO.—Mi modesto aparato...

LA JOVENCITA.—Mira qué cara tiene el sambenitado. Se comprende que lo ahorquen.

PAPELES POSTUMOS

A LA ORILLA DE AGUA IRREBOCABLE:

—Esa barba verdosa... Sí, usted es Caronte.

CARONTE.—¿Qnién te trajo, infeliz, a esta ribera?

Ahórcome un peluquero; no sé por qué razón.

CARONTE.—¡La de todos! Aguarda y embarcarás.

—¡La de todos!... Y yo que creí haber muerto de una manera original...

IDEARIO

Por muchas vueltas que le doy no hallo manera de sumar individuos.

*

Si se tratase de construir una casa, de nada nos aprovecharía que supiéramos tirarnos correctamente los ladrillos a la cabeza. Acaso tampoco, si se tratara de gobernar a un pueblo, nos serviría de mucho una retórica con espolones.

*

Y en cuanto al fracaso de Platón en Política, habremos de buscarlo donde seguramente no lo encontraremos: en su inmortal República. *Porque ésta fue la política que hizo Platón.*

*

En España —no lo olvidemos— la acción política de tendencia progresiva suele ser débil, porque carece de originalidad; es puro mimetismo que no pasa de simple excitante de la reacción. Se diría que sólo el resorte reaccionario funciona en nuestra máquina social con alguna precisión y energía. Los políticos que pretenden gobernar hacia el porvenir deben tener en cuenta la reacción de fondo que

sigue en España a todo avance de superficie. Nuestros políticos llamados de izquierda, un tanto frívolos —digámoslo de pasada—, rara vez calculan, cuando disparan sus fusiles de retórica futurista, el retroceso de las culatas, que suele ser, aunque parezca extraño, más violento que el tiro.

*

Se habla del fracaso de los intelectuales en política. Yo no he creído nunca en él. Se le confunde con el fracaso de ciertos virtuosos de la inteligencia, hombres de algún ingenio literario de alguna habilidad aneja a la literatura y a la conversación —médicos, retóricos, fonetistas, ventrílocuos—, que no siempre son los más inteligentes.

*

A los tradicionalistas convendría recordarles lo que tantas veces se ha dicho contra ellos:

Primero. Que si la historia es, como el tiempo, irreversible, no hay manera de restaurar lo pasado.

Segundo. Que si hay algo en la historia fuera del tiempo, valores eternos, eso, que no ha pasado, tampoco puede restaurarse.

Tercero. Que si aquellos polvos trajeron estos lodos, no se puede condenar el presente y absolver el pasado.

Cuarto. Que si tornásemos a aquellos polvos volveríamos a estos lodos.

Quinto. Que todo reaccionarismo consecuente termina en la caverna o en una edad de oro, en la cual sólo, y a medias, creía Juan Jacobo Rousseau.

*

Y a los arbitristas y reformadores de oficio convendría advertirles:

Primero. Que muchas cosas que están mal por fuera están bien por dentro.

Segundo. Que lo contrario es también frecuente.

Tercero. Que no basta mover para renovar.

Cuarto. Que no basta renovar para mejorar.

Quinto. Que no hay nada que sea absolutamente impeorable.

*

Los hombres que están siempre de vuelta en todas las cosas son los que no han ido nunca a ninguna parte. Porque ya es mucho ir; volver, ¡nadie ha vuelto!

*

Ser modestos: yo os aconsejo la modestia, o por mejor decir: yo os aconsejo un orgullo modesto, que es lo español y lo cristiano. Recordad el proverbio de Castilla: "Nadie es más que nadie". Esto quiere decir cuanto es difícil aventajarse a todos, porque, por mucho que un hombre valga, nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre.

*

Huíd de escenarios, púlpitos, plataformas y pedestales. Nunca perdáis contacto con el suelo; porque sólo así tendréis una idea aproximada de vuestra estatura.

*

Los honores, sin embargo, rendidos a vuestro prójimo, cuando son merecidos, deben alegrarnos; y si no lo fueren, que no os entristezcan por vosotros, sino por aquellos a quienes se tributan.

Nunca debéis incurrir en esa monstruosa ironía del homenaje al soldado desconocido, a ese pobre héroe anónimo por definición, muerto en el campo de batalla, y que si por milagro levantara la cabeza para decirnos: "Yo me llamaba Pérez", tendríamos que enterrarle otra vez, gritándole: "Torna a la huesa, ¡oh Pérez infeliz!, porque nada de esto va contigo".

*

Hay una poesía que se nutre de superlativos. El poeta pretende elevar su corazón hasta ponerlo fuera de tiempo, en el "topos uranios" de las ideas. Esta poesía, acompañada a veces de una emoción característica, que es la emoción de los superlativos, puede ser realmente poética, mientras el poeta no logra su propósito. Lo que quiere decir que el propósito, al menos, es antipoético. Si leyerais a Kant —en leer y comprender a Kant se gasta mucho menos fósforo que en descifrar tonterías sutiles y en desenredar marañas de conceptos ñoños— os encontraríais con aquella su famosa parábola de la paloma que, al sentir en las alas la resistencia que le opone el aire, sueña que podría volar mejor en el vacío. Así ilustra Kant su argumento más decisivo contra la metafísica dogmática, que pretende elevarse a lo absoluto por el vuelo imposible del intelecto discursivo en un vacío de intuiciones. Las imágenes de los grandes filósofos, aunque ejercen una función didáctica, tienen un valor poético indudable, y algún día nos ocuparemos de ellas. Conste ahora, no más que existe —creo yo— una paloma lírica que suele eliminar el tiempo para mejor elevarse a lo eterno y que, como la kantina, ignora la ley de su propio vuelo.

*

Para los tiempos que vienen hay que estar seguros de algo. Porque han de ser tiempos de lucha, y habréis de tomar partido. ¡Ah! ¿Sabéis vosotros lo que esto significa? Por de pronto, renunciar a las razones que pudieran tener vuestros adversarios, lo que os obliga a estar doblemente seguros de las vuestras. Y eso es mucho más difícil de lo que parece. La razón humana no es hija, como algunos creen, de las disputas entre los hombres, sino del diálogo amoroso en que se busca la comunión por el intelecto en verdades, absolutas o relativas, pero que, en el peor caso, son independientes del humor individual. Tomar partido es no sólo renunciar a las razones de vuestros adversarios, sino también a las vuestras; abolir el diálogo, renunciar, en suma, a la razón humana. Si lo miráis despacio, comprenderéis el arduo problema de vuestro porvenir: Habéis de retroceder a la barbarie, cargados de razón. Es el trágico y gedeónico destino de nuestra especie.

*

No hay mejor definición de la poesía que ésta: "poesía es algo de lo que hacen los poetas". Qué sea este algo no debéis preguntarlo al poeta. Porque no será nunca el poeta quien os conteste.

¿Se lo preguntaréis a los profesores de Literatura? Nosotros sí os contestaremos, porque para eso estamos. Es nuestra obligación. "Poesía, señores, será el residuo obtendio después de una delicada operación crítica, que consiste en eliminar de cuanto se vende por poesía todo lo que no lo es". La operación es difícil de realizar. Porque para eliminar cuanto se vende por poesía la ganga o escoria antipoética que lo acompaña, había que saber lo que no es poesía, y para ello saber, anticipadamente, lo que es poesía. Si lo supiéramos, señores, la experiencia sería un tanto superflua, pero no exenta

de amenidad. Más la verdad es que no lo sabemos, y que la experiencia parece irrealizable.

¿Se lo preguntaremos a los filósofos? Ellos nos contestarán que nuestra pregunta es demasiado ingenua y que, en último término, no se creen en la obligación de contestarla. Ellos no se han preguntado nunca qué sea la poesía, sino qué es algo que sea algo, y si es posible saber algo de algo, o si habremos de contentarnos con no saber nada de nada que merezca saberse.

Hemos de hablar modestamente de la poesía, sin pretender definirla, ni mucho menos obtenerla por vía experimental químicamente pura.

*

Huid del preciosismo literario, que es el mayor enemigo de la originalidad . Pensad que escribís en una lengua madura, repleta de folklore, de sabor popular, y que ese fue el barro santo de donde sacó Cervantes la creación literaria más original de todos los tiempos. No olvidéis, sin embargo, que el "preciosismo", que persigue una originalidad frívola y de pura costra, pudiera tener razón contra vosotros, cuando no cumplís el deber primordial de poner en la materia que labráis el doble cuño de vuestra inteligencia y de vuestro corazón. Y tendrá más razón todavía si os zambullís en la barbarie casticista, que pretende hacer algo por la mera renuncia a la cultura universal.

*

Decía mi maestro Abel Martín que es la modestia la virtud que más espléndidamente han solido premiar los dioses. Recordad a Sócrates, que no quiso ser más que un amable conversador callejero, y al divino Platón, su discípulo que puso en boca

de tal maestro lo mejor de su pensamiento. Recordad a Virgilio, que nunca pensó igualar a Homero, y al Dante, que no soñó en superar a Virgilio. Recordad, sobre todo, a nuestro Cervantes, que hizo en su Quijote una parodia de los libros de caballería, empresa literaria muy modesta para su tiempo y que en el nuestro sólo la habrían intentado los libretistas de zarzuelas bufas. Los períodos más fecundos de la historia son aquellos en que los modestos no se chupan el dedo.

*

Carlos Marx fue la criada que le salió respondona a Nicolás Maquiavelo. Propio es de siervos el tardar algunos siglos en insolentarse con sus señores. Pronto asistiremos a la gran contienda entre esos dos fantasmas, o gran disputa de "más eres tú", en que, excluída la moral, las razones se convierten en piedras con que achocarse mutuamente. Pero nuestros nietos asistirán a una reconciliación entre ambos, que será Maquiavelo el primero que inicie, a su manera epistolar florentina: "Honorando compare..."

*

Yo siempre os aconsejaré que procuréis ser mejores de lo que sois; de ningún modo dejéis de ser españoles. Porque nadie más amante que yo ni más convencido de las virtudes de nuestra raza. Entre ellas debemos contar la de ser muy severos para juzgarnos a nosotros mismos, y bastante indulgentes para juzgar a nuestros vecinos. Hay que ser español, en efecto, para decir las cosas que se dicen contra España. Pero nada advertiréis en esto que no sea natural y explicable. Porque nadie sabe de vicios que no tiene, ni de dolores que no le aquejan. La posición es honrada, sincera y profundamente humana. Yo os invito a preservar en ella hasta la muerte.

Los que os hablan de España como de una raza que es preciso a toda costa acreditar y defender en el mercado mundial esos para quienes el reclamo, el jaleo y la ocultación de vicios son deberes patrióticos, podrán merecer, yo lo concedo, el título de buenos patriotas; de ningún modo el de buenos españoles.

Digo que podrán ser hasta buenos patriotas, porque ellos piensan que España es, como casi todas las naciones de Europa, una entidad esencialmente batallona, destinada a jugárselo todo en una gran contienda, y que conviene no enseñar el flaco y reforzar los resortes polémicos sin olvidar el orgullo nacional, creado más o menos artificialmente. Pero pensar así es profundamente antiespañol. España no ha peleado nunca por orgullo nacional, ni por orgullo de raza, sino por orgullo humano o por amor de Dios, que viene a ser lo mismo. De esto hablaremos más despacio otro día.

*

El español suele ser un buen hombre, generalmente inclinado a la piedad. Las prácticas crueles —a pesar de nuestra afición a los toros— no tendrán nunca buena opinión en España. En cambio, nos falta respeto, simpatía, y, sobre todo, complacencia en el éxito ajeno. Si veis que un torero ejecuta en el ruedo una faena impecable y que la plaza entera bate palmas estrepitosamente, aguardad un poco. Cuando el silencio se haya restablecido, veréis, indefectiblemente, un hombre que se levanta, se lleva los dedos a la boca, y silba con toda la fuerza de sus pulmones. No creáis que ese hombre silba al torero —probablemente él lo aplaudió también—: silba el aplauso.

*

Donde la mujer suele estar, como en España —decía Juan de Mairena—, en su puesto, es decir,

en su casa, cerca del fogón y consagrada al cuidado de sus hijos, es ella la que casi siempre domina, hasta imprimir el sello de su voluntad a la sociedad entera. El verdadero problema es allí el de la emancipación de los varones, sometidos a un régimen maternal demasiado rígido. La mujer perfectamente abacia en la vida pública, es voz cantante y voto decisivo en todo lo demás. Si unos cuantos viragos del sufragismo, que no faltan en ningún país, consiguiesen en España de la frivolidad masculina la concesión del voto a la mujer, las mujeres propiamente dichas votarían contra el voto; quiero decir que enterrarían en las urnas el régimen político que, imprudentemente, les concedió un derecho a que ellas no aspiraban. Esto sería lo inmediato. Si, más tarde, observásemos que la mujer deseaba, en efecto, intervenir en la vida política, y que pedía el voto. sabiendo lo que pedía, entonces podríamos asegurar que el matriarcado español comenzaba a perder su fuerza y que el varón tiraba de la mujer más que la mujer del varón. Esto sería entre nosotros profundamente revolucionario. Pero es peligro demasiado remoto para que pueda todavía preocuparnos.

*

Se es poeta por lo que se afirma o por lo que se niega, nunca, naturalmente, por lo que se duda. Esto viene a decir —no recuerdo donde— un sabio, o mejor dicho, un savant, que sabía de poetas tanto como nosotros de capar ranas.

*

Nunca aduléis a la divinidad en vuestras oraciones. Un Dios justiciero exige justicia y rechaza la lisonja. Que no vivimos en el mejor de los mundos posibles, lo prueba suficientemente el que apenas si hay nada de lo cual no pensemos que pudiera

mejorarse. Es ésta una de las pruebas en verdad concluyentes, incontrovertibles que conozco. Porque, aun suponiendo, como muchos suponen, que esta idea de la mediocridad del mundo fuese hija de la limitación y endeblez de nuestra mollera, como esta mollera forma parte del mundo, siempre resultaría que había en él algo muy importante que convendría mejorar. Un optimismo absoluto no me parece aceptable.

Tampoco os recomiendo un pesimismo extremado. Que nuestro mundo no es el peor de los mundos posibles, lo demuestra también el que apenas si hay cosas que no pensemos como esencialmente empeorable. La prueba de esta prueba ya no me parece tan concluyente. Sin embargo, reparad en que nuestro pesimismo moderado también forma parte del mundo y que, en caso de error, tendríamos que empeorarlo para ponerlo de acuerdo con el peor de los mundos. En todo caso, un pesimismo absoluto no es absolutamente necesario.

*

Si tu pensamiento no es naturalmente obscuro, ¿para qué lo enturbias? Y si lo es, no pienses que pueda clarificarse con retórica. Así hablaba Heráclito a sus discípulos.

*

¿Conservadores? Muy bien. Siempre que no lo entendamos a la manera de aquel sarnoso que se emperraba en conservar, no la salud, sino la sarna.

Porque éste es el problema del conservadurismo —¿qué es lo que conviene conservar?—, que sólo se plantean los más inteligentes. ¡Esos buenos conservadores a quienes siempre lapidan sus correligionarios, y sin los cuales todas las revoluciones pasarían sin dejar rastro!

¿Intelectuales? ¿Por qué no? Pero nunca virtuosos de la inteligencia. La inteligencia ha de servir siempre para algo, aplicarse a algo, aprovechar a alguien. Si averiguásemos que la inteligencia no servía para nada, mucho menos entonces la exhibiríamos en ejercicios superfluos, deportivos, puramente gimnásticos. Que exista una gimnástica intelectual que fortalezca y agite intelectualmente a quien la ejecuta, es muy posible. Pero sería para nosotros una actividad privada, de puro utilitaria y egoísta, como el comer o purgarse, lavarse o vestirse, nunca para exhibida en público. La gimnástica, como espectáculo, tiene entontecido a medio mundo, y acabará por entontecer al otro medio.

*

Uno de los signos que más acusan cambio de clima espiritual es la constante degradación de lo cómico y su concomitante embrutecimiento de la risa. La verdad es que nunca ha habido en el mundo, como hay en nuestros días, tantas gentes que parezcan rebuznar cuando ríen.

*

El marxismo, señores, es una interpretación judaica de la Historia. El Marxismo, sin embargo, ahorcará a los banqueros y perseguirá a los judíos. ¿Para despistar?

*

En el fondo, también es judaica la persecución a los judíos. Y no solamente porque ella supone la previa existencia del pueblo deicida, sino porque además, y sobre todo, ¿hay nada más judaico que la ilusión de pertenecer a un rebaño privilegiado para perdurar en el tiempo? "¡Aquí no hay más pueblo elegido que el nuestro!" Así habla el espíritu mosaico a través de los siglos.

Las cabezas que embisten, cabezas de choque, en la batalla política, pueden ser útiles, a condición de que no actúen por iniciativa propia; porque en este caso peligran las cabezas que piensan, que son las más necesarias. En política como en todo lo demás.

*

Porque no he dudado nunca de la dignidad del hombre, no es fácil que yo os enseñe a denigran a vuestro prójimo. Tal es el principio inconmovible de nuestra moral. Nadie es más que nadie, como se dice por tierras de Castilla. Esto quiere decir, en primer término, que a nadie le es dado aventajarse a todos sino en circunstancias muy limitadas de lugar y de tiempo, porque a todo hay quien gane, o puede haber quien gane, y en segundo lugar, que por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre. Fieles a este principio, hemos andado los españoles por el mundo sin hacer mal papel. Digan lo que digan.

*

Si dudamos de la apariencia del mundo y pensamos que es ella el velo de Maya que nos oculta la realidad absoluta, de poco podría servirnos que el tal velo se rasgase para mostrarnos aquella absoluta realidad. Porque ¿quién nos aseguraría que la realidad descubierta no era otro velo, destinado a rasgarse a su vez y a descubrirnos otro y otro?... Dicho en otra forma: la ilusión de lo ilusorio del mundo podría siempre acompañarnos dentro del más real de todos los mundos. Nadie puede, sin embargo, pedirnos creer lo contrario; a saber: que el velo de la apariencia, aun multiplicado hasta lo infinito, nada vela, que tras de lo aparente nada aparece y que, por ende, es ella, la apariencia, una firme y única realidad. Dicho de otro modo: la

creencia en la realidad del mundo puede acompañarnos en el más ilusorio de todos los mundos. El mundo como ilusión y el mundo como realidad son igualmente indemostrables. No es, pues, aquí lo malo la conciencia, de una antinomia en que tesis y antitesis pueden ser probadas y cuya inanía decreta, a fin de cuentas, el principio de contradicción. En este pleito no actúa el tribunal de la lógica, sino el de la sospecha. Lo inquietante no es poder pensar uno y lo otro, merced a un empleo inmoderado de la razón, sino agitarse entre creencias contradictorias.

*

De los suprarrealistas hubiera dicho Juan de Mairena: Todavía no han comprendido esas mulas de noria que no hay noria sin agua.

*

El que no habla a un hombre, no habla al hombre; el que no habla al hombre, no habla a nadie.

*

No olvidéis que es tan fácil quitarle a un maestro la batuta, como difícil dirigir con ella la quinta sinfonía de Beethoven.

*

También quiero recordaros algo que saben muy bien los niños pequeñitos y olvidamos los hombres con demasiada frecuencia: que es más difícil andar en dos pies que caer en cuatro.

*

El verdadero invento de Satanás —profetizaba Mairena— será la película sonora en que las imágenes fotografiadas, no ya sólo se muevan, sino que hablen, chillen y berreen como demonios dentro de

una tinaja. El día en que ese engendro se logre coincidirá con la extensión del empleo de los venenos insecticidas al aniquilamiento de la especie humana. Por una vez estuvo Mairena algo acertado en sus vaticinios; porque la película sonora y el uso bélico de los gases deletéreos son realmente contemporáneos. Que sean dos fenómenos concomitantes, como efectos de una misma causa, es muy discutible. Sin embargo...

*

Nunca nosotros hemos de profesar un culto desmedido a las actividades cinéticas, convencidos de que éstas se nos darán siempre por añadidura, mientras no logremos sustraernos al universo físico de que formamos parte. Ni el trabajo por el trabajo, ni el juego por el juego, ni la lucha por la lucha misma, que son maneras de rendir un homenaje —realmente superfluo— al movimiento. La gracia está en pararse a ver, a contemplar, a meditar, en consagrarse un poco a las actividades quietistas. Quiero decir con esto, que no pretendo educaros para hombres de acción, que son los hombres de movimiento, porque estos hombres abundan demasiado. El mundo occidental padece plétora de ellos, y es su exceso, precisamente —no su existencia— lo que trae al mundo entero de cabeza.

*

Aprende a dudar, hijo, y acabarás dudando de tu propia duda. De este modo premia Dios al escéptico y confunde al creyente.

*

Decía Juan de Mairena que algún día tendríamos que consagrar España al Arcángel San Miguel, tantos eran ya su Migueles ilustres y representa-

tivos: Miguel Servet, Miguel de Cervantes, Miguel de Molinos y Miguel Unamuno. Parecerá un poco arbitrario definir a España como la tierra de los cuatro Migueles.

Sin embargo, mucho más arbitrario es definir a España, como vulgarmente se hace, descartando a tres de ellos, por heterodoxos, y sin conocer a ninguno de los cuatro.

*

Y si el Cristo vuelve, de un modo o de otro, ¿renegaremos de El porque también lo esperen los sacristanes?

*

Sobre el orgullo modesto, de que tantas veces os he hablado, quiero añadir: Poca cosa es el hombre y, sin embargo, mirad vosotros si encontráis algo que sea más que el hombre, algo, sobre todo, que aspire como el hombre a ser más de lo que es. Del ser saben todos los seres, hombres y lagartijas; del deber ser lo que no se es, sólo tratan los hombres...

*

Es el descontento, amigos queridos, la única base de nuestra ética. Si me pedís una piedra fundamental para nuestro edificio, ahí la tenéis.

*

"¿Qué te parece desto, Sancho?, dijo Don Quijote: ¿hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible". En el capítulo más original del Quijote, así habla el Caballero de la triste Figura terminada su genial aventura de los leones. Claro se ve que es Don Quijote, nuestro Don Quijote, el verdadero

antípolo del pragmatista, del hombre que hace del éxito, de la ventura, la vara con que se mide la virtud y la verdad. Es muy posible que un pueblo que tenga algo de Don Quijote, no sea siempre lo que se llama un pueblo próspero. Que sea un pueblo inferior: he aquí lo que yo no concederé nunca. Tampoco hemos de creer que sea un pueblo inútil, de existencia superflua para el conjunto de la cultura humana, ni que carezca de una misión concreta que cumplir, o de un instrumento importante en que soplar dentro de la total orquesta de la historia. Porque algún día habrá que retar a los leones, con armas totalmente inadecuadas para luchar con ellos. Y hará falta un loco que intente la aventura. Un loco ejemplar.

*

Sólo en el silencio, que es, como decía mi maestro, el aspecto sonoro de la nada, puede el poeta gozar plenamente del gran regalo que le hizo la divinidad, para que fuese cantor, descubridor de un mundo de armonías. Por eso el poeta huye de todo guirigay y aborrece esas máquinas parlantes con que se pretende embargarnos el poco silencio de que aún pudiéramos disponer.

*

La unión constituye la fuerza. Es una noción elementalísima de dinámica contra la cual nada tendríamos que oponer, si no hubiera tontos y pillos (los tontos y los pillos distan mucho menos entre sí de lo que vulgarmente se piensa) que pretenden acomodarla a sus propósitos, y que propugnan el acercamiento y la unión de elementos heterogéneos, dispares y contrapuestos, que sólo pueden unirse para estrangularse.

Si algún día España tuviera que jugarse la última carta —habla Juan de Mairena— no la pondría en manos de los llamados optimistas, sino en manos de los desesperados, por el mero hecho de haber nacido. Pero estos la jugarían valientemente, quiero decir desesperadamente, y podrían ganarla. Cuando menos, salvarían el honor, lo que equivaldría a salvar una España futura. Los otros la perderían sin jugarla, indefectiblemente, para salvar sus míseros pellejos. Habrían perdido la última carta de su baraja y no tendrían carta alguna para jugar en la nueva baraja que apareciese, más tarde, en manos del destino.

*

Nunca profeséis de graciosos. Porque no siempre hay ganas de reír. Aunque nunca faltan motivos para ello.

*

Cuando a Juan de Mairena se le preguntó si el poeta, y en general el escritor, debía escribir para las masas, contestó: Cuidado, amigos míos. Existe un hombre del pueblo, que es, en España al menos, el hombre elemental y fundamental, y el que está más cerca del hombre universal y eterno. El hombre masa, no existe; las masas humanas son una invención de la burguesía, una degradación de las muchedumbres de hombres, basada en una descualificación del hombre que pretende dejarle reducido a aquello que el hombre tiene de común con los objetos del mundo físico: la propiedad de poder ser medido con relación a unidad de volumen.

ANTONIO MACHADO

ESBOZO BIOGRAFICO

EN el vivir del hombre, todo lo que no es pretérito es espera. En Antonio Machado, la espera ilusionada es corta —sólo el momento en que el amor ilumina la dobla soledad, páramo y alma, y se hace raíz en sus raíces—, y largo el recordar, tan largo, que todo su decir poético tiene el contorno puro y esas hondas serenidades que lo vivido adquiere en el recuerdo.

De ahí que sea fácil conocer cada instante de su vida esencial, y ya no tanto algunas de las contadas fechas que la marcan; lo que no importa, ya que una fecha no pasa de ser un signo imaginario en la también imaginaria espalda de los días. Don Antonio, registra sólo dos fechas en su Nota autobiográfica, cosa no de extrañar en quien pregunta mirando la boba expectación por el nacer del siglo:

¿Siglo nuevo? ¿Todavía?
llamea la misma fragua?
¿Corre todavía el agua
por el cauce que tenía?

Por otra parte, para reconstruir de adentro afuera su figura, bastan su autorretrato y el so-

berbio boceto de Darío; uno y otro entreabren la corteza vital —"triste, cansado, pensativo y viejo"— de nuestro don Antonio, y dejan ver el afanoso ir y venir de las abejas de su alma.

Antonio Machado nació en Sevilla, "una noche de julio de 1875, en el célebre palacio de las Dueñas, sito en la calle del mismo nombre". De su primera infancia sabemos poco. Nos describe sobriamente el escenario en que fue vivida —un patio, un huerto—; el girar del tíovivo una noche que conoció la ingenua alegría de dar vueltas sobre un corcel bermejo, y más tarde, ya con "la cabeza cana", un momento olvidado que halla de pronto y que va reconociendo, luego de dudar un instante:

Esta luz de Sevilla... Es el palacio
donde nací, con su rumor de fuente.
Mi padre, en su despacho —alta la frente,
la breve mosca y el bigote lacio.

Su viaje a Madrid, a donde su padres se trasladan cuando acaba de cumplir ocho años, debe ser un acontecimiento en su niñez de huertos y patios interiores, pero nada nos dice. Nada, tampoco, de su primera visión del mar, a donde su padre le lleva antes de emprender el proyectado viaje tierra adentro.

El hogar de los Machado se instala en la calle de Claudio Coello, esquina a la de Villanueva. Nueva vida, nuevo ritmo también, y Antonio ingresa en la Institución Libre de Enseñanza, de cuyos profesores —Giner, Sama, Cossío, Costa, Linares, Caso...— su padre es gran amigo. Pudiera

ser de entonces su recuerdo de "una tarde parda y fría", tan visible y vivo en sus palabras que se diría miniaturizado en el fondo de sus ojos.

Los años de su segunda infancia, esos en que se estrena el mundo cada día y hasta se inventa un poco, van pasando lentos, amables, en su girar previsto de lecciones monótonas y bullicio de juegos. En ese tiempo, su sueño —su primer sueño, acaso— es ser marino, capitán de un barco de grandes chimeneas y alto puente, desde donde él, Antonio, pueda ordenar la maniobra. Fuera de su mundo está el Madrid sentimental y jaranero que enterró conmovido al rey Alfonso y que comenta a gritos la última estocada de Frascuelo.

Su adolescencia y juventud —"juventud sin amor", cantará luego— también son madrileñas. En ese tiempo, su sueño de singladuras, islas y litorales, ha cedido lugar a otro deslumbrante: el de la escena. Tanto Antonio como su hermano Manuel procuran escaparse a las funciones teatrales de la tarde, se aprenden parlamentos enteros, y declaman, con engolada voz y ademán afectado, kilómetros de versos. En Antonio, la vocación teatral persiste más allá de la adolescencia, y un buen día, Federico Balart lo presenta a don Fernando Díaz de Mendoza, que lo admite como meritorio.

Para entonces, su padre ha muerto ya: Había ido a Puerto Rico con el propósito de rehacer la maltrecha hacienda familiar, y contrajo una grave dolencia que apenas le permitió llegar hasta Sevilla, donde a los pocos días falleció...

El duro golpe trajo aparejado al mucho dolor

muchos renunciamientos: reajuste de gastos, cambio de casa, esa casi pobreza que mantiene el decoro a fuerza de dignidad y de prodigiosos equilibrios.

Antonio frecuenta la tertulia de Fornos, pasea solitario, estudia, escribe, sueña. Tienen algunos de sus sueños viva raíz y van calando lenta, silenciosamente, hacia lo hondo. Otros duran poco más que un relámpago. En 1895 emipeza a colaborar en *La Caricatura* y a sonar, levemente, su nombre.

Cuando se doctora en Filosofía y Letras, la situación económica familiar es ya más que difícil. Hay que buscar algo, y Antonio y Manuel lo encuentran lejos, en la casa Garnier, de París, que necesita traductores. Manuel va de avanzada, y tres meses después está a su lado Antonio.

Llegan al París encendido por la revisión del proceso Dreyfus, cuando truena la voz de Zola, y parnasianos, simbolistas e impresionistas, andan a trancazos verbales. Allí conoce Antonio a Oscar Wilde, a Pío Baroja, a Zalamero, a Enrique Gómez Carrillo. Un día conoce a Rubén Darío y se asombra de que aquel hombre siempre somnoliento y empapado de ajenjo sea creador de tanta belleza. El gran poeta parece hunido en una lejanía de nieblas, pero eso no impide que escuche los poemas de Antonio y que exclame entornando los ojos: "¡Admirable! ¡Es admirable!"

Fuera de las horas que trabaja a destajo para la casa Garnier, don Antonio, como en sus mocedades madrileñas, acude a las tertulias, escribe, medita, da largos paseos...

Los días, rápidos al principio, van haciéndose lentos para él. Agoniza el verano, Septiembre, cielos grises, nostalgia. "¿Eres tú, Guadarrama, viejo amigo?"... En octubre, la luz turbia, cansada, le deprime, y una tarde, cuando no puede más, emprende el viaje de regreso.

Ya en Madrid, colabora en la revista *Electra,* y junto con los otros grandes de su generación logra forzar las columnas de *El Imparcial, El Liberal, El Globo y Blanco y Negro.*

A finales de 1905 se sumerge don Antonio en un mar de textos y reglas gramaticales. Hay que vivir, y de los versos no se vive ni se ha vivido nunca. Ahincadamente estudia hasta las tantas de la noche preparando sus oposiciones a cátedras de francés para Institutos de Segunda Enseñanza. A principios de 1907 es ya catedrático y elige la vacante de Soria, a donde llega el 4 de mayo, en una hora insospechadamente decisiva para él; decisiva, por cercana a la de su nacer "no a la vida, al amor", y porque allí le irán saliendo sus versos más profundos, esos que, "si los suenas, suenan a corazón".

El ritmo de su vida en Soria es lento, y los días, hechos de minutos iguales, largos, tediosos, le hacen pensar si no ha renunciado a su intenso vivir de ayer con demasiada premura. Por entonces publica su primer libro, *Soledades, galerías y otros poemas,* que tienen éxito rotundo, y ella, la desconocida que el corazón aguarda, está a punto de aparecer.

Las gentes de Soria le ven pasar a la caída de

la tarde y perderse a lo lejos, entre los álamos del río. Comentan, en el Casino sobre todo, su traza —"ya conocéis mi torpe aliño indumentario"— y su seriedad afable. Alguien apunta:

—No parece andaluz.

Cada mañana se dirige pausadamente al Instituto. Alto, seco, con su largo redingote y su sombrero negro, entra en clase. El codo sobre la mesa, la barbilla entre el pulgar y el índice, tal vez imagina a Mairena en sus momentos de mal humor: "Un pedagogo hubo; se llamaba Herodes". A menudo, se le van los ojos por el ancho ventanal que tiene a su derecha. Mira las "tierras labrantías como retazos de estameñas pardas", los "plomizos peñascales", las "figuras del campo sobre el cielo", o quizás, otras veces, se hunde en sus recuerdos y evoca alguna figura de las tertulias parisienses, cuando no le sorprende el germinar de otro poema.

Por fin, un día todo cambia de pronto. Es ella que aparece tal como siempre había sido en las galerías de sus sueños. Se llama Leonor, y tiene una belleza dulce, tocada de suave gravedad. Su padre, dueño de la pensión donde se hospeda don Antonio, es —¡oh cruda paradoja!— un guardia civil retirado, alcohólico y violento.

Soria ya no es para el poeta la misma: Estrena otra luz, otro aire, en torno a la figura de la amada, y hablan los olmos, los campos, las roquedas, un lenguaje profundo. Don Antonio, tímido como un adolescente junto a ella, dice, al apar-

tarse, en sus adentros, todo lo que ha callado en su presencia.

A mediados de 1909 se celebra la boda. Leonor ha cumplido dieciséis años, menos de la mitad de los que tiene don Antonio, y la muchachada del Instituto refunfuña:

—¡Este carcamal!...

El viaje de novios es una diminuta eternidad gozosa en las playas de Irún y Fuenterrabia, frente a un mar azulado y plácido en su calma veraniega, que hace gritar de dicha a Leonor.

De nuevo en Soria, don Antonio prepara sus Campos de Castilla, da clases, pasea; siempre con ella ahora. En esas deliciosas caminatas va contándole punto por punto toda su vida de ayer, desde la infancia, junto al Guadalquivir lejano, hasta sus noches de opositor entre diccionarios y gramáticas, pasando por su bohemia madrileña y los meses vividos en París. Leonor, quiere saber cada detalle y, a veces —muchas veces—, hay que volver atrás. Sobre París insiste mucho: ¿Cómo es París?

Don Antonio adivina el secreto deseo de la amada, y por primera vez en su vida, pide. La petición es atendida por la Junta de Ampliación de Estudios. Ella verá París.

Poco tiempo después recorren juntos Montmartre, los bulevares, las orillas del Sena, los museos... Mira el poeta tanta belleza junta en los ojos ingenuamente iluminados de Leonor. ¡Sí, la vida es muy hermosa! Sin embargo...

De un día a otro, todo se ensombrece y tras-

trueca. Leonor sufre de pronto una hemoptisis, y la felicidad, tan cercana y henchida de ilusiones, se desvanece como un sueño.

A los pocos días de regresar a Soria, la enferma parece mejorar. Es un chispazo de esperanza, el último, porque la recaída no tarda en producirse para desolación del poeta, más enamorado que nunca.

Soria se conmueve viendo pasar cada mañana a don Antonio hacia la solana del Mirón. Va empujando suavemente un cochecillo de ruedas, donde ella, cada día más pálida, más inmaterial, sonríe dulcemente. Por entonces, trae el correo un pequeño envoltorio: es un libro, *Campos de Castilla,* que acaba de aparecer. Ella lo hojea un instante y lo aprieta en seguida sobre su corazón, como si fuera el hijo no logrado.

El libro significa la consagración definitiva del poeta. Unamuno, Ortega y Gasset, Azorín, todas las grandes firmas de la época, se ocupan de él, pero don Antonio ni siquiera sonríe. Ella está cada vez peor. Ya no sale de casa, y pronto no podrá levantarse.

El poeta hace esfuerzos terribles para que el sollozo que al verla le sube a la garganta no estalle. ¡Que no sufra, que no sufra ella!... Por fin, una noche de verano, Leonor se duerme dulcemente para siempre.

El poeta, otra vez solo, deshecho el corazón, aguanta hasta que se extingue el último rezo, y en seguida huye de aquellas tierras ensombrecidas, desiertas para él.

Los días —¿qué más da que haya sol?— son ahora plomizos, largos, sin sentido. No piensa más que en ella.

¿No ves, Leonor, los álamos del río
con sus ramajes yertos?
Mira el Moncayo azul y blanco; dame
tu mano y paseemos.

Por estos campos de la tierra mía,
bordados de olivares polvorientos,
voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo.

Pasan los años. De Baeza, donde oculta su duelo, se traslada en 1919 a Segovia. Mientras, ha leído y meditado mucho. Van naciendo nuevos poemas y la doble imagen figurada de Abel Martín y Juan de Mairena. Desde Segovia, sale en época de vacaciones a recorrer tierras del Levante, de la Mancha, del Duero, pero a Soria, tan viva y doliente siempre en él, ya no vuelve nunca.

"No voy; no puedo ir —dice ante la insistencia de quienes le han preparado un homenaje—. He meditado mucho sobre ello. No voy; no me atrevo".

En 1929 es elegido miembro de la Academia, y al proclamarse la República es trasladado al Instituto Calderón, de Madrid. El cambio no afecta en nada a sus costumbres. Escribe, lee, pasea al declinar la tarde sumido en su diálogo de siempre —"quien habla solo, espera hablar a Dios un día"—, y ya anochecido, se dirige en busca de su hermano Manuel. Suelen encontrarse en algún café, solitario a esa hora, donde concurren hasta que el re-

fugio es descubierto por amigos o admiradores. Entonces, ya no aparecen más; la pareja ha cambiado de sitio.

Don Antonio sigue devanando las horas en ovillos de melancolía hasta que el odio estalla a borbotones y empieza la tragedia de España. Para él, tomar partido no es problema. Le basta para decidir el dictado de su conciencia y el ser "en el buen sentido de la palabra, bueno". Junto a su pueblo, lucha con la pluma desde el día siguiente de la insurrección. Evacuado a Valencia, en noviembre de 1936, escribe:

"Soy viejo y enfermo: viejo, porque paso de los sesenta, que son muchos años para un español; enfermo, porque las vísceras más importantes de mi organismo se han puesto de acuerdo para no cumplir exactamente sus funciones". Y añade más adelante: "De todos modos, aquí me tiene usted al lado de la España joven y sana, de todo corazón al lado del pueblo, de todo corazón también enfrente de esas fuerzas negras —¡y tan negras!—"... Y a continuación: "En España, lo mejor es el pueblo. Por eso la abnegada defensa de Madrid, que ha asombrado al mundo, a mí me conmueve, pero no me sorprende. Siempre ha sido lo mismo. En los trances duros, los señoritos invocan la patria y la venden; el pueblo no la nombra siquiera, pero la compra con su sangre y la salva".

En 1938, la guerra marcha mal para las armas populares, y don Antonio se traslada a Barcelona acompañado de su madre y de su hermano José. Más viejo, más enfermo cada día, aguanta

bombardeos y privaciones en un ejemplo de suprema dignidad. Ve el final de la guerra con justificado pesimismo, pero su puesto está allí, y ni siquiera piensa en las tierras apacibles de Francia. Tampoco sirve de nada que otros piensen por él.

Firme el ánimo como los peñascales que cantara, sigue haciendo, hasta que llega el desastre, todo lo que podía hacer: decir cada día su tristeza y su indignación de español, denunciar el crimen:

Otra vez —¡otra vez!— ¡oh triste España!,
cuanto se anega en viento y el mar baña,
juguete de traición, cuanto se encierra
en los templos de Dios, mancha el olvido,
cuanto acrisola el seno de la tierra
se ofrece a la ambición, ¡todo vendido!

Al fin llega el momento —¡tantas veces temido!— del destierro. Sale a última hora, cuando el enemigo está tocando ya las puertas de la capital catalana.

Sobre lo ocurrido después hay dos versiones que en poco cambian lo esencial de aquel momento amargo. He aquí la primera: Muy cerca ya de la raya de Francia, el conductor de la ambulancia donde viajaban don Antonio y su madre los deja en medio de la carretera. Llueve. Madre e hijo vuelven la vista atrás en un adiós a la tierra entrañable que habrá de ser definitivo.

Sin equipaje ni dinero, deshechos de cansancio, llegan a Cervere; desvalido el poeta, como un niño; la madre vuelta al ayer lejano en que arropó su infancia.

Según la versión más reciente, fueron evacuados a la vez que otros intelectuales y el trecho desde la raya fronteriza hasta Cervere lo hicieron en el coche de un funcionario francés, enterado por el notable periodista Corpus Varga de quien era Machado.

De Cervere es trasladado a Collioure, donde una mañana plomiza de febrero de 1939, Antonio Machado, el más alto poeta español de nuestro tiempo, cierra los ojos para siempre.

José Ramón ARANA